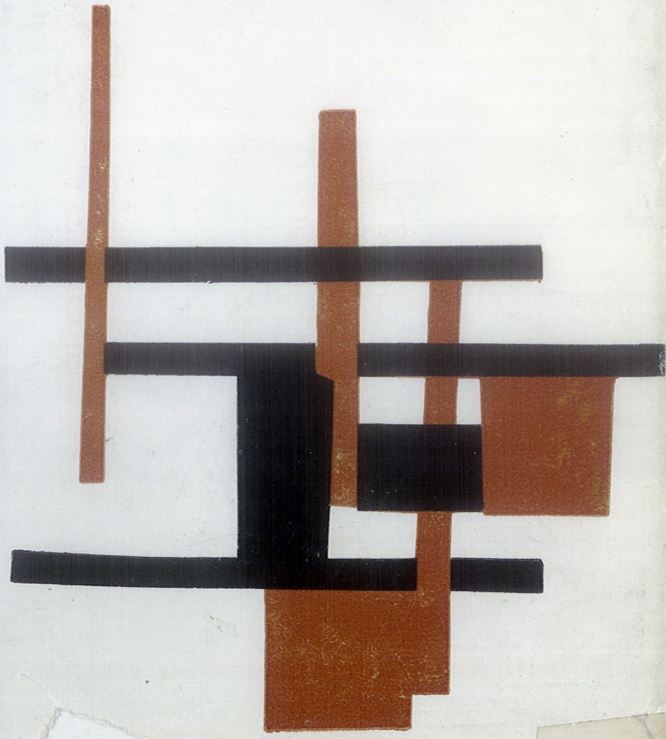
Manuel
Alonso
Alcalde

se necesita un doble



Prosistas
Españoles

MANUEL ALONSO ALCALDE

Nacido en Valladolid en 1919. Abogado. Militar. Destinado desde 1948 en Ceuta, donde reside desde entonces, en la actualidad con el empleo de comandante. Casado. Tres hijos. Pintor, pescador y «judoka amateur». Cofundador, en 1940, de la vallisoletana revista de poesía *Halcón*. Forma parte de la llamada «generación de 1940».

Ha publicado libros de poema, novela y cuento; entre estos últimos, destaca el titulado «Esos que pasan. Y la muerte», que fuè finalista, en 1958, del premio «Leopoldo Alas», de Barcelona, de cuentos.

Ha obtenido, entre otros galardones, el premio «Marruecos», de poesía, 1958; el «Sésamo», de novela corta, 1960; el de la «Asociación Condal», de cuentos, de Barcelona, 1961; el de novela corta «Ateneo», de Valladolid, 1964.

También ha hecho algunas incursiones en el campo teatral, habiendo estrenado en Madrid, en 1960, la obra «El agua en las manos», premio «Ateneo», de teatro, de Madrid; en el teatro Windsor, de Barcelona, en 1967, la obra «Los héroes sí mueren», premio «Carlos Lemos», de teatro, de Barcelona. Asimismo, también en este año, ha sido galardonado con el se-

gundo premio, de teatro, «Lope de Vega», de Madrid, al haber sido declarado desierto el primero, con su obra «Y no llegó la paz».

Manuel Alonso Alcalde considera el cuento como el género literario del futuro y, por supuesto, el que mayores dificultades encierra entre los que componen la literatura narrativa. Para Manuel Alonso Alcalde, el cuento no es una novela abreviada, sino un género aparte, con sus propias peculiaridades, donde caben el humor, la poesía, la ternura, la denuncia... Un universo literario, en fin, dotado de infinitas posibilidades. El relato breve ha de palpitar de autenticidad, por lo que debe estar inserto en la vida, así que la primera cualidad del cuentista ha de ser la observación. Para Manuel Alonso Alcalde el relato breve no es otra cosa que un trozo de esa misma vida captado con un «flas», sin preparar, por tanto, a los modelos, como en las fotos de estudio. No es, como en la novela, una paciente persecución de los personajes, a través de su peripecia humana, sino la inmovilización literaria de un momento cualquiera detenido en el aire, como las instantáneas. Esto es lo que Manuel Alonso Alcalde ha pretendido llevar a cabo en el presente volumen de relatos.

Precio: 150 pesetas

MANUEL ALONSO ALCALDE

Se necesita un doble

EDITORA NACIONAL
Paseo de la Castellana, 40

MADRID
1 9 6 7

© Manuel Alonso Alcalde. 1967. - Editora Nacional.
Madrid - España.

Depósito legal M. 16.312 - 1967

GRAFICAS UGUINA - MELENDEZ VALDES, 7 - MADRID, 1967

LA SENTENCIA

El juez abrió el balcón de su despacho, y eran las siete y media de una tarde de invierno, y fuera, en la calle, hacía frío y el cielo estaba gris, y, sin embargo, la habitación se había llenado de mariposas amarillas y azules, y, en los estantes, entre los legajos y los libros de legislación y jurisprudencia, habían aparecido algunas flores; únicamente que el juez no se dio cuenta de esto, sino de su necesidad de respirar un poco de aire fresco. Acababa de terminar el borrador de la sentencia, pero, aunque había trabajado en él toda la tarde, no se sentía malhumorado, ni razonaba como otras veces: «¡Y ahora los abogados pasarán una minuta de dos mil duros, mientras que yo, que fallo el pleito, habré de conformarme con cargar el estudio de los ciento y pico de folios a mi sueldo de fin de mes!»; al contrario, se encontraba francamente predispuesto a la benevolencia, y, lo que aún resultaba más extraño, por primera vez desde que dejó de ser niño, había empezado a sentirse dominado por un deseo absurdo de hacer cosas pueriles, por ejemplo, cantar, escribir con el dedo en los cristales empañados, o incluso echar a volar por el cuarto un par de aviones de papel; porque ocurría que,

desde que redactó la sentencia, se notaba el corazón más ligero, como bañado de alegría.

Por esta causa, cuando cerró el balcón, y volvió a su butaca, y se puso a agitar la campanilla que había encima de la mesa, y apareció en la puerta el oficial de la Secretaría—«¿Permiso, don Martín?»—, el juez se quedó algo cortado, puesto que, a decir verdad, él no había tenido intención de llamarle, sino que, simplemente, como estaba contento, había sentido el impulso de tocar la campana, al que, sin pensar en lo que hacía, había obedecido. No obstante, la presencia del oficial le volvió a la realidad enseguida, ya que don Martín no dejaba de comprender que, por ufano que él se encontrase, los Juzgados tienen su rutina, y no se puede arrancar a una persona de su máquina de escribir para nada. Así que dijo:

—Ahí está la sentencia. Póngala en limpio y pásemela enseguida a la firma.

Santos, el oficial, era uno de esos tipos taciturnos con la piel de color ceniza, que hay. No usaba manguitos, desde luego, pero parecía muy posible que los llevase en los codos del alma. Como estaba empleado en la Secretaría desde hacía veintitrés años, había conocido ya siete jueces y las leyes procesales no tenían secretos para él, pero eso no quitaba para que, en cambio, hubiese ciertas cosas, como la primavera o los árboles, que le producían un encono especial. Se sabía la Ley de Arrendamientos Urbanos de memoria, por supuesto, pero hubiera sido capaz de coger en aquel instante de la biblioteca del juez un volumen del *Aranzadi* y abrir-

lo, y no llegar a darse cuenta de que acababa de brotar una flor en el lomo del libro.

El oficial alcanzó el borrador, dijo: «Sí, Señoría», y se retiró; sólo que tres minutos después entraba nuevamente en el despacho, pero con la mirada aún más sombría que de costumbre, puesto que, en el intervalo, acababa de leer la sentencia. Y como llevaba veintitrés años en el Juzgado y había conocido siete jueces y las leyes procesales carecían de secretos para él, parecía realmente escandalizado cuando se dirigió a don Martín y le dijo:

—Pero, Señoría, el considerando...

Sonrió don Martín, porque ya esperaba algo de esto, y repuso:

—Usted limítese a copiar. El que firma soy yo.

Y Santos, claro, no se atrevió a insistir. El no sentía ninguna aversión particular hacia el juez, a pesar de lo cual, en aquel momento, hubiera deseado que se hiciese un milagro y le fuera concedida la gracia de vestirse de magistrado aunque sólo fuera durante un segundo, para poder soltarle a don Martín, en su propia cara, todo lo que pensaba. Salvo que el milagro no se produjo, y Santos, el oficial, se tuvo que resignar a regresar a su oficina, sentarse otra vez a la máquina y empezar a mecanografiar la sentencia.

* * *

En la estación, en un ramal de maniobras, había un viejo vagón abandonado; solamente que no era como suelen ser los vagones, ni tenía esa oscura tristeza que tienen. Hasta 1945, sí

fue un vagón como los otros, y durante miles de kilómetros arrastró de un lado para otro su armazón deslucido, enganchado a algún tren de mercancías, mientras sus ruedas palpitaban, tan, tan, a cuarenta pulsaciones por minuto, y la madera se le ennegrecía poco a poco, a causa del humo, la lluvia y la soledad de los andenes; pero ahora, pintado nuevamente de rojo, parecía gritar de alegría en medio del paisaje gris de rieles, traviesas y tapias, que le rodeaba. En la actualidad el vagón olía por dentro a fogón y ropa limpia, pero no siempre había sido así, ya que antes del cuarenta y cinco cambiaba de olor en cada viaje y unas veces olía a fosfatos y otras a ganado, sino que, desde luego, nunca faltaba en su interior una atmósfera sórdida como de almacén o sollado.

Un día, en 1945, durante una maniobra, un jefe de estación mandó apartarlo en una vía muerta, y allí lo dejaron; y pasó el tiempo y a nadie se le ocurrió volver a engancharlo; y se le fueron oxidando los topes; y la maleza empezó a crecer por debajo, entre las ruedas; y, aunque las locomotoras circulaban continuamente por los raíles inmediatos, el vagón quedó definitivamente olvidado. De esas cosas que pasan.

* * *

El marido se llamaba Juan y la mujer, Elvira; él era albañil y ella cocinaba, cosía la ropa y hacía la colada. El matrimonio vivía en una chabola del «Barrio de las Latas» y todos los años les nacía un hijo, y cada niño suyo llegaba al mundo con su ángel de la guarda; sólo que,

como la familia era pobre, los ángeles que les mandaban traían la aureola de alambre, la túnica remendada y plumas de gallina en las alas, aunque, en compensación, su sonrisa era mucho más compasiva que la de los ángeles corrientes.

Pero una mañana alguien desdobló en el Ayuntamiento unos planos, puso el dedo sobre un espacio en blanco, dijo: «Aquí», y la barraca de Juan quedó barrida en un instante, porque se trataba de extender el ensanche de la ciudad, y el dedo, eso sí, constituía una fuerza implacable en este aspecto. En los planos, el barrio no contaba. Estaba formado por una veintena de barracas de chapa, y, por lo mismo, no resultaba un obstáculo serio para la expansión del ensanche. Como que casi podía asegurarse de antemano que la nueva avenida pasaría por encima de las chabolas con la misma facilidad con que lo hacía el agua del río durante las inundaciones. El dedo se movía por encima del plano como un puntero, distribuyendo calles, edificios y jardines, y, cuando, por fin, se detuvo y otra voz dijo: «Convendría activar el proyecto», se hizo súbitamente de noche en el «Barrio de las Latas».

Al llegar la orden de desahucio, la Elvira se encontraba en la cocina, preparando la cena; así que guardó el sobre azul en el bolsillo de la bata para que lo abriese su Juan al volver del andamio. Dentro del sobre, el oficio del Municipio ronroneaba con voz helada y burocrática: «Por la presente y en el plazo improrrogable de quince días, se servirá usted desalojar la vivienda que actualmente ocupa, bajo el apercibimiento de que, en caso de no hacerlo, se le

sigan los perjuicios a que hubiere lugar». Pero la Elvira, preocupada por la cena, ni siquiera la oyó.

Por la noche entregó el sobre a Juan, y éste lo rasgó torpemente, porque sus manos manejaban ladrillos, no papeles, y cuando dijo: «Nos dejan sin casa», y luego: «No sé qué va a ser de nosotros», la Elvira se puso a llorar, y los ángeles custodios también.

Al otro día, el albañil se echó a la calle a buscar piso, y nunca le había parecido tan gigantesca la ciudad como entonces. En un momento, el mundo se convirtió para el albañil en una pesadilla con millares de fachadas agujereadas de ventanas, entre las cuales, sin embargo, no quedaba un solo hueco donde poder albergarse con su gente.

Al sábado siguiente, Juan se encontró con Mauro en la taberna de Pepín, como siempre. El Mauro y él eran amigos desde que hicieron juntos el servicio en el Regimiento de «Isabel II». El Mauro conservaba todavía una fotografía muy sobada de aquella época, en la que ambos aparecían vestidos de recluta, con guantes blancos y pelados al cero; y aunque habían contemplado el retrato cientos de veces, siempre que se juntaban decía Juan: «Trae esa foto, a ver»; y el Mauro sacaba la fotografía, y ambos rompían indefectiblemente a reír y se enredaban a hablar de sus tiempos. Pero aquella noche Juan no pidió la foto, sino que dijo:

—Me han puesto en la calle, ¿no sabes?

Y contó al otro lo que había ocurrido. El Mauro movió gravemente la cabeza.

—Mal asunto—repuso.

Retrucó el albañil:

—Como que no veo luz por ningún sitio. No sé qué hacer. Palabra.

El Mauro se acordó entonces de haber visto un vagón abandonado, en la estación, justamente enfrente del taller donde él trabajaba. Y dijo a Juan:

—De momento podrías arreglarte con eso mientras encuentras algo. Peor sería dormir en la cuneta, creo yo.—Y luego: —Pero no digas que yo te di la idea. No quiero barullos con la Compañía.

* * *

La familia entró a vivir en el vagón, sólo por unos días, mientras Juan encontraba otra cosa; pero transcurrió el primer mes y luego el primer año, y no hubo en la ciudad un solo hueco donde Juan se pudiera meter con toda su gente. Y puso una escalera de tres peldaños para facilitar el acceso a la plataforma; y pasó otro año, y se decidió a pintar el vagón de rojo; y a los dos y medio, abrió una ventana en una de las paredes, y la Elvira colocó en ella una cortina a cuadros y una maceta en la repisa; y ocho meses después, el albañil hizo un agujero en el techo e instaló en él una chimenea, que quedó ladeada, con un gesto jovial de sombrero de copa; y a los tres años, el vagón olía ya a fogón y ropa limpia; y había risas dentro; y los ángeles custodios cabalgaban con los niños en los topes. Y a los nueve años, el director de Tracción y Material de los «Ferrocarriles Unidos» dijo al abogado de la Compañía:

—No es que nos perjudique, en realidad, ya que se trata de una unidad condenada al desguace. Pero tampoco podemos cruzarnos de brazos ante una situación semejante. Por el precedente, ¿comprende?

Replicó el abogado, en tono negligente, sin conceder demasiada importancia al asunto:

—No se preocupe. Mañana presento la demanda, y en un par de meses les pongo en la calle.

Y el director y el abogado empezaron a hablar de otra cosa, porque tenían problemas mucho más graves sobre los que tratar.

* * *

Santos puso la sentencia a la firma del juez, y don Martín la releyó despacio, corrigiendo dos comas. Estampó su nombre al pie del escrito y después lo envolvió en una rúbrica alegre como un lazo. El oficial pasó el secante sobre la tinta y recogió los folios y, mientras lo hacía, frunció el labio superior con gesto de escrúpulo, porque él había conocido siete jueces y ninguno de ellos hubiera sido capaz, qué enormidad, de reconocer a nadie el derecho a ocupar un vagón de ferrocarril como si se tratara de una casa corriente. Hasta ahí podíamos llegar. Ni con todas las prescripciones adquisitivas del mundo.

En cuanto hubo firmado, don Martín se abotonó el abrigo, se envolvió en la bufanda y salió a la calle. Y una mariposa le seguía los pasos, revoloteando alrededor de su sombrero. Pero él no se dio cuenta de esto, ni tampoco de que llevaba los bolsillos llenos de flores.

TEMPORAL DE LEVANTE

VICTORIANO, el patrón, citó a su gente para las seis de la mañana, y, a las seis menos cinco, Rafael, maquinista de la traíña, se encamina hacia el puerto. Lleva puestas las botas de agua, y el chubasquero plegado como un paquete bajo el brazo, porque la mar ha amanecido gris, con mucha marejada, y por la parte de Sierra Bullones han empezado a amontonarse unas nubes. Al llegar al embarcadero, el maquinista observa que el patrón se ha puesto a afeitarse, y, para hacer tiempo, se sienta en un noray, de espaldas al agua, extrae la petaca y se dedica a liar un cigarro. A Victoriano, el patrón, no le gusta salir a la mar sin rasurarse antes un poco; pero no es el único: otros miembros del rol han adquirido la misma costumbre y, a medida que van apareciendo en el muelle, se sitúan en fila ante la silla del barbero, apoyados en la pared del segundo tinglado, con cara de sueño y las manos en los bolsillos. Hay una hora, por lo menos; una hora que Rafael podía haber pasado en la cama, puesto que el maquinista es de los que sólo se afeitan los sábados y, excepcionalmente, el día de la Virgen del Carmen.

Desde hace algunos años, el barbero se ins-

tala todos los días en el puerto. Antiguamente fue dueño de una peluquería, pero como los problemas que le proporcionaba el negocio le amargaban la existencia, prefirió traspasar el local y ponerse a trabajar al aire libre; porque, según dice, tener una barbería no consiste solamente en atender a la parroquia, que es lo propio, sino, además, en andar continuamente liado con Hacienda, los Sindicatos, la Delegación del Trabajo, o la empresa del agua y de la luz; un mundo demasiado complicado, lleno de oficinas, seguros sociales, multas y funcionarios. Ahora, de lo único que debe preocuparse es de llevar consigo una silla plegable, un paño limpio, la caja de utensilios y el infiernillo para el agua de la bacía, y con eso le basta, ya que, aunque no gane mucho, cuando menos vive más tranquilo.

El barbero no es mala persona; sólo que muestra una rara afición por las noticias desagradables, y los pescadores le temen por ello. La gente de mar sabe que hay conversaciones que atraen el mal fario, pero el barbero es hombre de tierra y no calla jamás. Justamente, mientras enjabona al patrón, sensacionaliza en voz alta, y en la cola le escuchan:

—Tal día como hoy, hace seis años, naufragó el *José-Mari*. Se ahogaron todos. ¿No recuerdas?

Victoriano se acuerda y los pescadores también, cómo no, pero prefirirían no hablar de ello. El barbero pasa la navaja por el suavizador de cuero, y añade:

—Esta noche ha entrado un petrolero en el puerto, de arribada forzosa, con una vía de

agua. Mal deben andar las cosas por el Estrecho.

Candi, que es el individuo más joven de la dotación, llega retrasado, a las seis y cuarto, pero no se dirige hacia el barbero, sino que va directamente donde Rafael, pues desde que hace tres años le explotó la farola de un bote de luces en la cara, no ha vuelto a salirle el pelo de las cejas ni de la barba y, por tanto, no precisa afeitarse. Sus compañeros le llaman *el Quemao,* pero en realidad solamente lo está por fuera, puesto que, a pesar de la cicatriz que le desfigura completamente el rostro, como para pegarse un tiro con la edad que tiene, no sólo bromea todavía como antes del accidente, sino que hasta se interesa por las mujeres lo mismo que otro muchacho cualquiera.

El Quemao apoya una rodilla en el noray de Rafael, y los dos, el maquinista y él, permanecen mudos un par de minutos, no porque se sientan preocupados por el estado del tiempo, de eso nada, sino porque ambos se encuentran habituados a los largos silencios de la navegación y, cuando no tienen ganas de hablar, no necesitan justificarse. De pronto, Candi dice:

—¿Viste qué partidazo hizo el Atlético el domingo?

Rafael adelanta el labio inferior y pondera:

—¡Vaya!

El barbero ha empezado a rasurar al patrón y, para extender el campo de acción de la navaja, le alza con la punta de los dedos el lóbulo de la oreja.

—Parece que va a empeorar el tiempo—comenta, y Victoriano, con la coronilla apoyada en el muro, levanta maquinalmente la mirada

y la fija en una nube oscura que avanza en dirección a Gibraltar, maciza, pesada y redonda como un guante de boxeo:

—Eso parece, sí.

Interiormente piensa: «Temporal de Levante. Antes de llegar a Tarifa lo tendremos encima» y, aunque lleva treinta años navegando y seis patroneando una traíña, siente un extraño vacío en el estómago.

El Quemao opina:

—Desde luego, hay equipo.

Replica el maquinista:

—Ya lo creo que lo hay.

Ninguno de los dos asistió el domingo al partido, pero no importa: ambos han leído la hoja deportiva del diario local.

—El único fallo fue Arondo, el extremo.

Rafael aspira una bocanada de humo, y el ascua del cigarro se ilumina vivamente un segundo, en la sombra plomiza del amanecer.

—Ya anda en tratos la directiva para sustituirlo—dice.

—¿Por Rufo, el interior del Urbina F. C.?

—Eso mismo.

—Pide cien mil pesetas por la ficha.

—No me parece caro.

Como todos los pescadores de bajura, Rafael y *el Quemao* navegan «a la parte», y aunque al maquinista, por el cargo que lleva, le corresponde el doble que a Candi, ninguno de los dos, pero que ni soñarlo, llega a cobrar a lo largo de la temporada ni la mitad que el futbolista.

El Quemao, sin embargo, concede:

—Ni a mí.

A un cuarto de milla de la boca del puerto,

la bocina de un petrolero muge pidiendo práctico, pero angustiosamente, como un toro que llevase clavado el estoque.

En la Comandancia de Marina se reciben noticias de la motonave *La Estrella,* que ha perdido el timón y navega desde hace tres horas al garete.

Desde el puente de un barco carguero, matrícula de Liverpool, un capitán mercante enfoca los prismáticos a la costa de Ceuta, maldiciendo en inglés del temporal, y grita pidiendo más presión a la gente de máquinas, ya que si no consigue corregir la deriva, teme que la corriente le lleve a encallar a Punta Bermeja.

Entre tanto, Victoriano, el patrón, mientras se enjuga la cara con el paño, medita íntimamente sobre si convendrá o no hacerse a la mar; pero como la temporada ha venido mal y él sabe que hasta que no cambie la luna no volverá a asentarse el tiempo, decide intentarlo, porque no va a dejar amarrada la traíña al muelle durante los catorce días que faltan. No obstante, para tranquilizarse, se asegura a sí mismo: «Si se pone el asunto feo, mando virar y a casa en seguida».

El Quemao se anima:

—Lo que necesita el equipo es meter muchos goles.

Rafael asiente:

—Naturalmente. Sin goles no hay ascenso.

Resume Candi:

—Y al fin y al cabo veinte mil duros no es dinero.

Una hora después, los ocho miembros de la

tripulación han subido ya a bordo. El patrón manda soltar amarras y ordena a Rafael:

—Tú. Media máquina.

Mientras el barco se desliza, petardeando sordamente, hacia la bocana, *el Quemao* piensa: «De este año no pasa que el Atlético suba a Primera División».

Victoriano dice:

—Avante claro.

El maquinista mueve una palanca y la embarcación entra en la mar encabritándose, y da una bordada y aparece Gibraltar por la amura, y otra, y se queda enfilada a Punta Almina; y mientras el patrón se muerde los labios y menea la cabeza con disgusto, Rafael, sumergido en el olor a gasoil que inunda su cabina, habla consigo mismo, satisfecho:

—¡Qué puñeta! ¡Como el equipo ascienda a Primera veremos jugar al Real Madrid y al Barcelona!

Y la idea le deja de un humor excelente.

POKER

ERAN cinco, siempre los mismos, «los cinco hombres justos». Ninguno de ellos podía ser argüido públicamente de pecado y, en consecuencia, todos se hubieran sentido capaces, llegado el caso, de arrojar la primera piedra. Hacía cerca de tres años que se venían reuniendo diariamente, de cuatro a nueve de la tarde, en la sala de recreo del Círculo, a jugar una inocente partida de póker, veinte duros de inicio, en un rincón, aislado por concesión especial, del resto de la planta por un biombo. Era la única debilidad que se consentían: «Una fórmula inconsciente de evasión de su monótona existencia provinciana», como decía Rando, el abogado, o «un sistema como otro cualquiera de procurarse una pequeña emoción de andar por casa», según aseguraba don Lino, el farmacéutico; en cambio, Marquitos, el joven corredor de comercio, un muchacho alegre, impulsivo y dinámico, de mucho porvenir, decía que a él «le gustaba el arte por el arte y el juego por el juego», mientras que, por su parte, el doctor Asán, ginecólogo, «iba allí a procurarse el *relax* que le compensara de la tensión nerviosa a que le sometía constantemente su trabajo»; sólo don Germán, buho de casino y funcionario retira-

do, se complacía en afirmar que, para él, la verdadera diversión, en el juego, consistía en ganar.

Y la partida había comenzado, como siempre, a las cuatro en punto. Los cinco eran prudentes y se conocían a fondo, de forma que el dinero se movía despacio. Allí no había peligro de que ninguno se complicase la vida con las cartas. Eran personas honorables, y su única intención, distraerse un rato por las tardes.

A las seis menos cuarto, Marquitos, que «jugaba por alegrías», como decía Rando, pidió cuatro cartas con un ocho y ligó una escalera al caballo. Lo que dijo don Germán después:

—Entre un millón de veces que haga usted eso, le saldrá una bien.

(A la misma hora, en la India, un millón de seres humanos empezaba a agonizar de hambre, preparándose ya para morir del todo en cualquier momento, aquella misma noche, por ejemplo.)

—Me juego tres duros—dijo el corredor de comercio. Y Rando, el abogado, que llevaba tres reyes, asistió. No era demasiado, a duro por monarca; y, además, conocía la forma que tenía Marquitos de jugar.

—Ese farol se lo apago yo—dijo.

(En la cama de un hospital, en Washington, un reporter gráfico, disfrazado de enfermero, acababa, en aquel instante, de lograr una placa de la última «antorcha humana», con destino a la primera plana del *New York Times.)*

Don Germán sonrió para sus adentros. «Ya están en el bote», se dijo. «Cayendo, como dos pichoncitos, en sus amorosos brazos». Pero pri-

mero había que dar un poco de coba a la jugada para sacarle jugo. Sabía de sobra quién había abierto, porque a él no se le escapaba una, pero, no obstante, para despistar, preguntó:

—¿Quién abrió, por favor?

Marquitos repuso:

—Yo mismo.

Y don Germán volvió a preguntar:

—Y la postura, ¿quién la ha subido?

—También yo.

El funcionario retirado, que había ido a por una carta y había embarcado un color, puso cara de párvulo y dijo, con voz de completa *inocencia*:

—En ese caso me juego seis duros.

Ironizó sin acrimonia el doctor:

—Usted, como siempre, con la escopeta detrás de la mata.

Don Germán, cubriéndose con una sonrisa, que era como su cortina de humo, replicó:

—¿Yo? Qué va.

—Pues, por si las moscas, me tiro—dijo el ginecólogo.

—Y yo también.

Y a don Lino, que no había ligado una sola jugada en toda la tarde y se aburría, se le escapó un discreto bostezo, que disimuló llevándose la mano a la boca, tras haber hecho maquinalmente la señal de la cruz sobre sus labios.

(Alguien, a plena luz, en el barrio de Harlem, acababa de pegar fuego a una cruz del Ku-Klux-Klan, como amenaza del *progrom* de negros que tendría lugar aquella noche.)

Marquitos, con su escalera, fue.

Y el abogado, con su trío, también, aunque curándose, previamente, en salud.

—Igual que yo. Aun sabiendo que pierdo.

Don Germán depositó sus naipes, cuidadosamente ordenados, sobre el tapete verde.

—Color—dijo.

Y el abogado:

—¿Ven? Lo que yo les decía. Detrás de la mata.

Y se metió en baraja. En cambio, Marquitos, que poseía un temperamento impulsivo, no pudo resistir la tentación de mostrar sus cartas.

—No hay derecho. Para una vez que pilla uno una escalera yendo a por cuatro cartas, que se la machaquen así.

Comentó don Germán:

—Entre un millón de veces que haga eso, le saldrá una bien.

Adujo el corredor de comercio, suavemente, cáustico:

—Entonces, hay que hacer como usted, ¿verdad? Jugar sobre seguro.

Se disculpó el funcionario, riendo:

—Hombre, cada uno tiene sus métodos.

—Claro—replicó el farmacéutico, humorizando—. ¡Si todos los medicamentos fueran iguales, no habría necesidad de boticarios!

(En aquel momento, en una capital del Sudeste asiático, un locutor de radio anunciaba al mundo la aparición de los primeros brotes de una epidemia de cólera, que empezaba a extenderse de forma rápida y alarmante, principalmente por falta de medicamentos.)

Don Germán se dispuso a retirar el dinero que había en el centro de la mesa.

—¿Barro ya?—preguntó, de excelente humor.

—Naturalmente—replicó el abogado.

El funcionario retirado arrastró hacia sí las monedas, con gesto satisfecho.

—Vamos, es que no se me quita de la cabeza—replicó Marquitos—. ¡Machacarme así una escalera!

(En aquel preciso instante una escuadrilla de bombarderos, en el Vietnam, coventrizaba, machacándola concienzudamente, una pequeña aldea de la jungla.)

—¿Quién da ahora las cartas?—inquirió el ginecólogo.

Repuso don Lino:

—Usted, por hablar.

Y el doctor comenzó a barajar.

Marquitos seguía dándole vueltas a la última jugada.

—No hay derecho—insistía—. Si hubiera yo ido de farol, bueno; pero para una vez que ligo una escalera saliendo a por cuatro cartas...

—Olvídelo—atajó don Germán, riendo—. Eso ya ha pasado. Pertenece a la historia.

—Desde luego. Pero, a partir de ahora, voy a por usted. Pongo cinco duros más sobre mi resto. A cazarle, don Germán, ¿eh? Que conste. No me venga después con lagrimones.

El funcionario volvió a reír.

—Le ha entrado a usted esta tarde el mal perder—dijo.

—Pues sí, lo reconozco—contestó, sonriendo a su vez, el joven corredor de comercio.

—Bueno, se acabó la cuestión—zanjó Rando—. A mirar los naipes, y aquí no ha pasado nada.

—Nunca pasa nada—resumió el farmacéutico.

Y los «cinco hombres justos» se entregaron de nuevo a la tarea de pinchar sus cartas. Y siguió la partida. Detrás del biombo, el mundo estaba en paz.

TIEMPOS NUEVOS

—No es para tanto, Hermana.

Y cuanto más trataba el médico de consolarla, más lloraba la monja.

—Cuando el Papa lo ha dispuesto así, digo yo que por algo habrá sido.

Pero ella como si tal, con la cabeza inclinada sobre la del enfermo. Las lágrimas iban empañando los cristales de sus lentes y como, por otra parte, tenía las manos ocupadas en mantener el transfusor en alto, se veía obligada, para enjugarse las mejillas, a arrimar el rostro a la manga a cada momento.

—Recuérdeme que el día de su santo le regale un par de limpiaparabrisas, Hermana.

Que nada, que no había manera de hacerla sonreír.

—Además, que el nuevo hábito tiene que ser más cómodo. No me diga que no.

El médico levantó uno de los párpados del enfermo: el ojo estaba en blanco, con la pupila vuelta, encajada en la órbita, mirando ya para adentro como hacen los muertos.

—Y, al fin y al cabo, se encuentra usted así mucho más guapa. Hay que reconocer que la antigua toca resultaba terriblemente medieval.

Pero durante treinta y cinco años la religiosa

había tenido ante sus ojos aquellas alas, cuyas puntas vibraban continuamente como una cosa viva, y ahora no, y por esta razón parecía como si le faltase algo, como si de repente le hubieran arrebatado el alma; y a nadie se le arranca el alma sin que llore. Al principio de entrar en la Orden, siempre tenía miedo de no calcular bien las distancias como los automovilistas bisoños y se tropezaba con todo, por lo cual apenas se atrevía a moverse. La superiora se enfadaba con ella.

—Lleva usted una toca, no un nido—decía.

Y era que, a su edad, ya no se daba cuenta de que la nueva Hermana llevaba todavía un nido de paloma entre los pliegues de lienzo almidonado que le cubrían la cabeza.

En aquel momento, la sor era aún muy joven y lloraba y se asustaba por todo, como también tenía las mejillas encarnadas y tersas como una campesina de la montaña; únicamente que aquellos colores desaparecieron enseguida de su semblante, porque, en los hospitales, el aire no huele a maíz ni a heno, sino a desinfectante y éter, ni la sangre de la religiosa se oxigenaba ya, como antaño, en su misma alegría de vivir, puesto que, ahora, le rodeaban por todas partes el dolor y la muerte. Pero incluso estas cosas llegan a convertirse con el tiempo en una rutina. Así que, insensiblemente, sin que la monja hubiera llegado a darse cuenta de su propia transformación, se acostumbró a ver morir a las personas, sin echarse a llorar como le ocurría al principio, y a cambiar un vendaje o ayudar en una intervención quirúrgica con la misma indiferente naturalidad con que dirigía el rosa-

rio en la sala, sacaba unas sábanas limpias para mudar una cama o ladeaba la cabeza, al cruzar una puerta, para dar salida a la toca.

Según habían ido pasando los años, había ella empezado a sentirse cada vez más a gusto en la sala de niños y, en cambio, menos que en ningún otro sitio, en la de dermatología, donde se mostraba más intolerante y se hacía temer más, a medida que iba siendo más vieja, porque ya monja pertenecía ya a otra época y, a su entender, todas las enfermedades de la piel seguían teniendo algo que ver con el pecado.

—Mire, Hermana, que lo mío es alergia.

Pero la sor respondía, inflexible e irónica.

—Vaya, ¿con que ése es el nombre que le ha dado usted a la señorita? ¡Son ustedes unos cochinos!

El médico apartó la sábana y puso al descubierto el tórax del enfermo, un pecho en quilla, con las costillas clavadas en la piel y los flancos hundidos como los de los galgos. Primero lo auscultó con el fonendoscopio, y luego, tras extender un pañuelo, aplicando el oído directamente sobre el corazón.

—Aquí ya no hay nada que hacer, Hermana. Avise a una camilla.

Y volvió a correr el embozo hasta cubrir con él el rostro del cadáver. Y la monja lloró, todavía con más congoja que antes. Hacía muchos, pero que muchos años que no le sucedía una cosa así.

ENTIERRO DE PRIMERA

QUÉ bueno, que se dedicaba a la mendicidad, ¿y qué quería la gente que hiciese? Porque para vivir, lo que se llamaba vivir, se las componía bastante bien, entre que si los bonos de las Conferencias y la comida en Auxilio Social; pero él tenía otras aspiraciones.

—¿Usted me comprende? Yo tengo otras aspiraciones.

Podía contar setenta u ochenta años; setenta u ochenta años, que le habían convertido, poco a poco, en lo que era actualmente, una escurraja de persona, un viejo meón y lamentoso; pero no siempre había ocurrido así, ni mucho menos; porque, que constase que él también había sido joven alguna vez, igual que todo el mundo. Con la edad, se había quedado en la piel y los huesos, pero había que haberle visto en su época.

—¡Si usted me hubiera conocido en mis tiempos!

Entonces, en los tiempos a que se refería, medio siglo atrás, él no pasaba desapercibido como ahora, siempre sentado en los escalones del Banco Comercial con una boina vuelta entre las piernas, juntando calderilla, ni tampoco en aquella época iba embutido en un tabardo en

tercera vida y con unos zapatos recogidos en un vertedero, sino con sus buenos ternos de paño, su gorra de visera, y su mirada osada y petulante.

—¿Sabe? Me gustaba ponerme bonito. Era lo que más me gustaba.

Como que nadie le conocía por su nombre de pila, sino que le llamaban *el Percha,* por la percha que tenía.

—Se me rifaban las mujeres.

Pasaba, marchoso y presumido, por la acera, partiendo corazones. Y, sin embargo, ahora no se movía de sus escaleras. Bueno, menos cuando, de tarde en tarde, aparecía un guardia urbano y me lo aventaba de allí.

—¿Cuántas veces he de decirle que está prohibida la mendicidad? Como vuelva a cogerle pidiendo lo mando al Refugio.

Pero si no le dejaban pedir, ¿de dónde iba él a sacar el dinero que le faltaba? Necesitaba cinco mil pesetas, y sólo había llegado a reunir dos mil ochocientas.

—Es para el entierro, ¿comprende?

La única ilusión que le quedaba, y eso para cuando muriese, era la de poderse permitir el lujo de pagarse un entierro de primera, a fin de que le pasearan por las calles en una carroza de cochero a la federica y la gente se quitase el sombrero a su paso como antaño. Porque antiguamente, mientras fue novillero, también le saludaba todo el mundo por la calle. Y si no hubiera sido por lo del cornalón, que le quitó de torear para siempre, ahora andaría podrido de billetes y con el entierro asegurado. En sus

buenos tiempos nunca faltaba una persona que le reconociese:

—Ahí va *el Percha.*

Y aunque él seguía su camino como si tal cosa, sabía que iba dejando una estela de admiración detrás de sí. Ahora, desde luego, nadie diría nada, pero le darían el sombrerazo. Era lo menos que podía pedir.

El Percha habitaba en un chamizo del extrarradio. No tenía familia.

—Pero, hombre, ¿cómo no se casó usted a su debido tiempo?

—¿Y para qué iba a hacerlo, dígame? Si algo me ha sobrado a mí en esta vida, han sido mujeres.

Y, sin embargo, vivía completamente solo.

—Bueno, tengo a Braulio, mi vecino. En cuanto necesitase de él, le daría una voz y vendría.

El vecino de *el Percha* trabajaba en una panadería. Era el único amigo del viejo.

—Mire—decía—. Si alguna vez me tocan las quinielas, voy y me instalo por mi cuenta, y ya no le faltarían a usted, mientras viva, su pan de viena y su bollo.

Todas las noches, antes de dirigirse a su trabajo, Braulio entraba un minuto en casa de *el Percha,* puesto que el panadero se daba cuenta de las cosas y comprendía que el viejo podía diñarla el día menos pensado. Por esta causa, aunque lo encontrara aparentemente dormido, procuraba cerciorarse un poco, por si acaso, aproximándose a observarle a la luz del encendedor, hasta comprobar, por el movimiento de la respiración, que todavía continuaba vivo. Sólo entonces apagaba y se iba; sino que, al aban-

donar la vivienda, aspiraba profundamente el aire un par de veces, a fin de barrer de sus pulmones el olor detestable que habían almacenado durante la visita; porque ocurría que *el Percha,* para no moverse de la cama, tenía la costumbre de poner al alcance de la mano, al acostarse, unos cuantos botes vacíos, que volvía a depositar en el suelo a medida que los llenaba.

—Mi mejor amigo.

Eso decía *el Percha,* ya que como siempre que el panadero pasaba a verlo por las noches él estaba durmiendo, no había llegado a descubrir la mueca de repugnancia que asomaba a sus labios cada vez que acercaba su rostro al del viejo. Y como era su mejor amigo, *el Percha* le fue dando a guardar su dinero a medida que lo reunía, dos mil ochocientas pesetas, atesoradas perra a perra.

—Yo podría guardarlo debajo del colchón, claro que sí; pero ¿y si me muero un día de repente, entra cualquiera y echa mano a los cuartos? ¡Entonces sí que me podía despedir del entierro!

En cambio, Braulio le había asegurado que cumpliría sus deseos.

—Es un buen muchacho. No hay más que verle.

No había más que verle. Pero la misma noche que el panadero se encontró, por fin, tieso a *el Percha* en la cama, en lugar de encaminarse directamente a su trabajo volvió sobre sus pasos, entró de nuevo en su vivienda, cogió los billetes del viejo, y se plantó con ellos en casa del corredor de pisos.

—Con este dinero habrá para pagar la prima, digo yo.

En realidad, ¿qué le importaba a *el Percha,* ahora que había muerto, que le pasearan en una carroza por las calles, o no? Al fin y al cabo, sin enterrarlo no le iban a dejar. En cambio, ¿dónde iba a encontrar Braulio el capital que le habían pedido por la llave?

—No voy a pasarme la vida metido en una conejera. Uno también tiene sus aspiraciones.

Porque Braulio también tenía sus aspiraciones: primero encontrar piso, y luego, si acertaba una quiniela algún día, instalar una panadería por cuenta propia.

EL PUENTE

TENGO cuarenta y tres años cumplidos y mi poco de experiencia de la vida, y unos días me siento ligeramente escéptico y otros simplemente desengañado, a pesar de lo cual no he perdido del todo mi propensión a la alegría. He sido amasado con bonachería de pícnico y el pesimismo nunca llega a apoderarse por completo de mí. Así, ocurre que algunas mañanas me levanto con el corazón ligero, como si lo acabase de estrenar, y, mientras me afeito, me contemplo en el espejo, y sonrío, y me pongo a silbar la *Primavera,* de Vivaldi, y, entonces, de repente, la bombilla que hay encima del lavabo deja de ser una bombilla para convertirse en el sol de junio, y el jabón de afeitar se pone a oler a hierba fresca y flores campestres, como los prados que había en la granja de mi padre hace treinta años, por los que yo corría con la alfalfa hasta la rodilla. Sino que, en realidad, uno nada tiene que ver consigo mismo cuando, entre el niño que fue y el cuarentón de ahora, media toda una vida. Por eso no puedo sentirme culpable de mis pecados infantiles, ya que la criatura que vivió hace treinta años en la granja se quedó allí para siempre. El hombre en que me he convertido, abogado y escritor, es un ser

sin raíces, nacido de sí mismo, no de su niñez, sino exacta, funcionalmente de sí mismo, que disfruta en la actualidad de una posición desahogada y un nombre respetable, y tiene un montón de responsabilidades a su cargo.

Quiero que quede esto perfectamente claro: que el niño de trece años cargue con sus pecados como yo con los míos. Es la solución más jurídica, la única equitativa. Supongo que mi Angel Custodio, si continúa siendo el mismo que me asignaron en la infancia, habrá destruido hace ya mucho tiempo la libreta donde apuntaba mis antiguas hazañas; así que no es probable que llegue nunca a esclarecerse que quien besó a la niña, y el jabón de afeitar huele algunos días como el heno aquella mañana, fue un crío de trece años y no yo. A mí las niñas me llaman ya de usted. ¿Besar yo a una chiquilla? Pero, hombre, ¿cree usted que estoy loco? Delito de abusos deshonestos. Vivo del Código y me sé de memoria lo que se puede y no se puede hacer. «Don Manuel: a la cárcel». Sería completamente absurdo.

Repito que yo ya nada tengo que ver con aquel niño de la granja, ni con sus besos y las restantes cosas reprobables que pudiera haber anotado en el cuaderno, a su debido tiempo, el Angel de la Guarda; por ejemplo, trepar por la noche al campanario de la iglesia y repicar en la campana gorda; o saltar una tapia para robar manzanas; o apedrearse con los hijos de Roncero, el vecino; o espiar, a través de una rendija de la ventana, a la mujer del sacristán, mientras se desnudaba... Sin embargo, eso sí, hay días en que parece como si se tendiera de

pronto un misterioso puente entre mi infancia y yo; y cuando esto sucede, es terrible, me acomete un repentino deseo de pronunciar a gritos el nombre de la niña, ¡Concha!, ¡Conchita!; y si, en esos momentos, la encontrase por casualidad al salir a la calle, creo que sería capaz de cogerle como entonces por el vestido; hacerle caer con una zancadilla sobre la hierba; obligarle a levantar la cara, y besarla en los labios una y otra vez. Y el Juez preguntaría más tarde:

—¿Es cierto lo del beso?

—Completamente.

—Debería sentirse avergonzado. ¡Una persona de su categoría! No crea que me cuesta ninguna violencia procesarle; al contrario, los tipos como usted me repugnan.

—Protesto, señor Juez. Si aquí hay algún culpable, es él, una criatura de trece años. Acaba de regresar, Señoría, y éste es su primer beso. A esa edad carecen de importancia ciertas cosas. Debemos ser tolerantes con los primeros pecadillos de la carne. Pero, eso sí, que conste en acta: yo no he tenido ninguna participación en el asunto. ¿Cómo me iba a permitir una monstruosidad semejante? Yo también tengo hijas. Dejemos aclaradas las cosas, Señoría. Entre aquel niño y yo no existe absolutamente nada en común. El es el único autor de ese atropello; de modo que pase el asunto al Tribunal de Menores, si le parece, pero no me cargue a mí con culpas ajenas. ¿Existe alguna razón legal para que deba yo responder de las locuras de un muchacho?

Silbo la *Primavera,* de Vivaldi. La habitación huele también a primavera.

—¡Concha! ¡Conchita!

—Don Manuel. Avisan de la Audiencia que van a comenzar los juicios. Debe usted apresurarse.

Mi pasante.

—Sí, desde luego. Gracias.

Siempre hay alguna persona que se encarga de volar el puente enseguida.

DEFENSA DE OFICIO

Al entrar en el locutorio, el abogado dejó su cartera de mano en el banco, encendió un cigarrillo y se puso a pasear con expresión de tedio, porque tenía a sus espaldas más de veinte años de ejercicio profesional, y las visitas a la cárcel ya no ofrecían para él ninguna clase de interés. Y menos cuando, como en aquella ocasión, se trataba de entrevistarse por primera vez con un defendido de los que le cargaban a uno de oficio. No había sido mal invento, no, se dijo, el de la defensa por pobre. Sólo porque le daba la gana de disponerlo así a la Ley de Enjuiciamiento Criminal, que tuviera él que dejar el despacho empantanado toda la tarde, para coger un taxi y dirigirse a la prisión a escuchar a cualquier sinvergüenza las cuatro barbaridades que quisiera contarle. Y resignarse, además, a partir de ese momento, a recibir cada dos o tres días una carta en papel rayado, diciendo: «Venga usted a verme urgentemente. He conocido a un tipo que por cuarenta duros está dispuesto a servir de testigo». Vamos, que encima de no pagar un céntimo, todavía se creían con derecho a sacarle a uno de su casa a toda prisa como a los médicos. Qué asco.

El abogado, uno de los «tres grandes», como

le llamaban en broma en el Colegio, iba siempre impecablemente vestido; y con sus lentes de montura de oro, sus mejillas escrupulosamente rasuradas y sus zapatos acabados de abrillantar, parecía resplandecer como un arcángel en medio de la mugre que le rodeaba, de las paredes sucias, las puntas de cigarro esparcidas por el suelo, la madera rozada del banco y el olor a ropa vieja y rancho que flotaba en la atmósfera del locutorio.

El arcángel consultó su reloj. Se impacientaba. Había tantos pasillos, cerraduras y puertas en el interior de una cárcel, que, antes de que su patrocinado pudiera asomar su cabeza rapada por la ventanilla, habrían transcurrido más de veinte minutos. Los mismos que el abogado podía haber empleado en trabajar para sí, en su bufete, en lugar de estar perdiendo el tiempo inútilmente. Total para que, luego, el atorrante que le había tocado defender, ni se acordase de darle las gracias por las molestias que se había tomado por su causa. Para los presos todas las togas eran iguales, y el suyo, no había que hacerse ilusiones, ni siquiera se pararía a considerar la suerte que le había correspondido al caer en manos de un letrado de su categoría, que no cobraba por una defensa de pago menos de quince mil pesetas.

Por fin, al otro lado de la tela metálica, apareció una sombra. El abogado recogió la cartera, extrajo de su interior una libreta y un bolígrafo y se acercó a la ventana del locutorio. Dijo:

—Buenas tardes—. Y, a continuación, con rutina profesional. —Estoy encargado de su defen-

sa. *Mi primera advertencia es que sea usted sincero* conmigo. Si andamos con engaños, no llegaremos a ninguna parte. Tenga presente que todo lo que pueda usted contarme no ha de salir de aquí. Los abogados somos como los confesores. —Aprestó su bolígrafo: —Vamos a ver, ¿de qué se le acusa?

El reo pegó su nariz al enrejado, y dejó ver un rostro tímido, con expresión asustada, de conejo.

—Robo—dijo—.

—¿Es la primera vez que lo detienen?

—Sí.

Anotó el abogado: «Delincuente primario.»

—Ahora, cuénteme usted lo sucedido, sin omitir un solo detalle.

—Pues mire. Todo empezó por lo del lacero. Porque el perro era mío y no tenía por qué quitármelo. —El reo poseía una vocecita atiplada y suave, en tono de «si bemol menor». —Se había quedado medio ciego a causa de la edad; pero, ya ve, en cuanto me oía dar un paso, se venía detrás de mí. Y por la noche se metía en la cama conmigo. Yo no sé si le daba calor, o era él el que me calentaba a mí. Tenía que ver usted mi casa. No se puede parar de la humedad. Hay días en que las paredes chorrean mismamente agua.

—Limítese a relatar los hechos. No dispongo de mucho tiempo.

—El perro llevaba conmigo desde que nació, casi doce años; y, para mí, que no tengo más familia ni más nada, como si fuera mi padre y mi madre, ¿comprende?

Cortó el abogado, con un punto de impaciencia en la voz:

—Prescinda de sentimentalismos, por favor. Lo único que me interesa son los hechos concretos.

—Pues nada, que se presenta el lacero en mi casa, y va y me dice: «Vengo a llevarme el perro»; y yo le digo: «¿Por qué razón?»; y él dice: «¿Lo tiene usted matriculado?»; y yo le digo: «Mi perro no es una bicicleta»; y él dice: «Pues si no le tiene matriculado, despídase del chucho para los restos». Y, con las mismas, le trincó por el cuello, lo puso en el carro y se lo llevó, y yo me fui detrás para ver dónde lo metía.

El abogado golpeó el suelo con el pie con muestras de impaciencia. Se imaginaba la escena: el pasante y la mecanógrafa abrazados en el sofá de su despacho, mientras los clientes se hartaban de esperar en la antesala. No, si él ya se había cansado de repetir ante la Junta del Colegio que las defensas de oficio se debían encomendar exclusivamente a los principiantes. ¿O es que había derecho a arrancar de su mesa de trabajo a un hombre, que disponía de un bufete con más de un centenar de pleitos al año, para oír cómo le hablaban de un lacero?

—Continúe.

—¿Sabe usted dónde queda la perrera? Cerca del cementerio; donde estaban antes las cocheras de los tranvías. Bueno, pues, por la noche, cogí unas tenazas y me encajé con ellas allí.

—¿Forzó usted la puerta?

—Rompí un candado que había, eso es lo que hice. Y saqué el animal y me volví a casa. Luego me dijeron que también se habían escapado

otros diez o doce que estaban encerrados con él. Pero eso yo no podía evitarlo.

Puso en libertad a su perro, desde luego, pero sólo por una noche, ya que, a la mañana siguiente, reapareció el lacero, acompañado de la Policía esta vez, y el animal fue conducido de nuevo a la perrera, y su dueño, ingresado en la cárcel; y la maquinaria procesal, que empezó a funcionar enseguida, cogió entre sus engranajes al reo, y se dedicó a triturarle los huesos del alma uno por uno. Nada de sentimentalismos: lo único que contaba eran los hechos, y el hecho era que se había cometido un delito de robo y que la Sociedad no quedaría vindicada y tranquila hasta que no tuviese al acusado sentado en el banquillo. Pero la Sociedad jugaba limpio, eso sí; había despojado al reo de su perro, mas, en compensación, había puesto a su disposición un procurador que lo representara ante los Tribunales, y un brillante letrado, resplandeciente como un arcángel, que se encargase de su defensa. No se podía pedir más.

—Enterado—dijo el abogado, y durante unos segundos jugueteó distraídamente con el bolígrafo, mientras su cerebro hojeaba el Código Penal. «Fractura de puerta o ventana..., agravante de nocturnidad y despoblado..., probable atenuante de preterintencionalidad...». Perfectamente. Había que convenir en que no dejaba de tener sus ventajas el que la Sociedad hubiese inventado un aparato de calcular penas, porque, de este modo, sabía uno a qué atenerse en cualquier momento. Un mecanismo sencillo, cuyo manejo no ofrecía demasiadas complicaciones. Se introducían en su interior unos datos;

se hacía girar una manivela; sonaba un timbre, y, un instante después, como en los pesos automáticos, aparecía una cartulina con el resultado. El abogado recogió la suya: «De cuatro meses y un día a seis meses de arresto». Poniéndose en lo peor, seis meses. ¡Y por una pequeñez como ésa, haber tenido que perder toda la tarde!

—Bien, no se preocupe—añadió—. Pediremos la remisión condicional y, en todo caso, si las cosas no salen bien, la condena no sería muy larga. Todo lo más, seis meses. Y medio año se pasa enseguida.

El reo asintió con su vocecita atiplada:

—Sí, señor.— Luego dijo:—¿Y qué harán con el perro?

Pero el abogado no respondió. Tenía demasiada prisa para entretenerse en escuchar tonterías. Guardó la libreta y el bolígrafo, puso la cartera debajo del brazo y salió del locutorio con paso rápido. Y el perro murió gaseado, junto a otros veinte, cuatro días después.

JUGADOR INTIMO

Dos ases. Igual que antes. Tréboles y corazones. Un corazón redondo. Lo de arriba, unas nalgas. Un corazón redondo, sin flecha. El de Sarita, puede. No juegues, cariño. No me gusta que juegues. ¿Prometes? Prometo. Han pasado los tres. A ver el cerdo. Una torre de fichas. Todas las de la mesa. Nos pela. Le llegan a la barba. ¿Abre? Venga, decídete. Cuento. Toca el fichero. Lo acaricia. Como si fuera a envidar en montón. Seguro que trata de asustarme. Cinco fichas coloradas, de las de a cinco duros. Bueno, no es mucho. ¿También una verde? La verde no, por favor. La verde. Arrastra sus fichas lentamente. La verde son doscientas cincuenta y las coloradas ciento veinticinco. El total, venga, el total: cincuenta y veinticinco, setenta y cinco duros. Si veo, todavía me queda resto. Con dos ases. ¿Acudo? Con dos ases hay que ver lo que sea. Pero antes me sacudió el fulano con lo mismo. Mejor, esperar. Pero una vez que vienen... ¿Voy o no voy? De prisa. Ya me mira. No conviene que note. Corazón de Sarita.

—Voy.

Ya no tiene remedio. Me quedan setecientas para aguantar el golpe. Los otros se han tirado.

El cerdo y yo. A lo mejor, farol. Un proyecto de mínima u otra porquería cualquiera. ¿A dos puntas? Si es a dos puntas, seguro que mete la escalera. Está de potra el tipo. Lo que más me molesta, los lentes. Deberían prohibir el póker con gafas de sol. Y también esos labios que tiene. Finos y cárdenos. Del Renacimiento. Envenenador o condottiero. Ha pedido dos naipes. Pareja o trío. O puede que color, porque el tío confía en su chamba. Mis dos ases. El de corazones me va a quitar el gafe. Las nalgas. Por Sarita. ¡Sarita! ¿Me apoyo o no? Me apoyo. ¿En la puta o el ocho? En el ocho. El se apoya también. Le he calado.

—Dos.

Despacio. Primero, el cigarrillo. Encenderlo sin prisa y guiñar los ojos por el humo y observarle con disimulo. No se inmuta. Con todo el dinero de la mesa, ya puede. Deberían prohibir usar lentes oscuros. Pondré cara de póker. El no mueve una ceja. Ni un dedo. Unas manos repugnantes, blancas y largas. De envenenador. Guarda-espaldas de César Borgia. Ahora te esperas. Voy a pinchar mis cartas. Pero el mirón se va a jorobar. En la corbata. Que no pueda saber lo que llevo. Pinchándolas despacio. Fuera el cigarro. Al suelo. As. Corazón de Sarita. Barajaré mis naipes. Otra vez el as. Buen augurio. Las nalgas. ¿Darán suerte unas nalgas? Milímetro a milímetro. Que sufra. Y también el mirón. Deberían prohibir los mirones. Gafe. Toda la noche a mi espalda, sin moverse. Despacio. Una esquina encarnada. Puede ser otro as. O una K. Despacio. Una K. Dos ases y una K. No va mal. Habría de cambiar la baraja. Ya no

resbala. Grasa. Grasaza de sus manos, qué asco. Otra esquina. Que sea un as, Dios mío. Cinco padres nuestros si sale un as. Si gano, no volveré a jugar. Prometo. El de tréboles. Ese ya estaba. Las que salgan detrás son nuevas. Venga. Si por lo menos resbalasen un poco... Redondo. Desilusión. No es un as. Todo el abanico de golpe. Mierda de mirón. Dos ases, una K, dos ochos. Dobles. A ver él qué es lo que hace. ¿Habrá metido el ful? Sin mirones. La próxima vez no me quitará a mí el rincón. Pondré una mesa para tomar café. Flanqueado de torres. Señor feudal. Me traeré las gafas también. ¿Has visto mis gafas de verano, Sarita? Ahora me observa. Estudiando mis gestos. Cara de póker. Inmutable. He de parecer inmutable. Pero la taquicardia... La taquicardia no se oye. Distonía. Sedicor y dejar el café y el tabaco. ¿Juega usted? No, no juega, doctor. ¿Verdad que no juegas, cariño? Otra vez con las fichas. Toquiteándolas. Táctica. Me mira. Ahora, seguro. ¿A los ojos? Los lentes. ¿Me mira? Pues yo a él. Dos gallos. Los naipes en una mano y en la otra las fichas. Cinco mil pesetas, lo menos. Viene a sacarse su jornal. Soy un imbécil por jugar con profesionales. Un comercio de confecciones, pero, en el fondo, profesional. Avaro. Deberían echarle del Centro. Como en los *clubs* ingleses. Yo pondría la bola negra. Yo. Y también al mirón. ¡Fuera! ¡A la calle! Decídete, marrano. Ya. Pasó. ¡No ligó y ha pasado, Sarita! Alivio. El dinero como si ya fuera mío. Trescientas veinticinco y lo del *pot*. Me redondea. Ahora le envido y a tomar vientos. Coser y cantar.

—Mi resto.

Con mis dobles parejas. Así es la vida. En cambio, antes, que había más de mil pesetas, nada. ¡Ha querido, el tío! No hay derecho. Con la escopeta detrás de la mata. Tengo que enseñar. Vergüenza.

—Dobles de ases ochos.

La taquicardia. Sonríe. Acaba de envenenar a un dux por cuenta de Lucrecia. Tan rubia. Con un peplo y un anillo con veneno y sin nalgas. Las mujeres antiguas no tenían nalgas. Lucrecia, Sarita. Sonríe. Todo el montón al centro. ¿Para qué tanto? Presunción. Vamos, las cartas. Todavía pudiera ser. Al fin y al cabo, unas dobles de ases. Me enseña. Trío de qus. Hundido. Todo mi resto. Qué horror, y yo sin poderme comprar un vestido. No volveré a jugar. Pero deberían expulsarle del Centro. Bola negra. Una bolita negra. ¿Quién la habrá echado? Misterio. El mirón, impasible. Otra bola para él. Se lleva mi dinero. Barre. Manos gelatinosas. Dos repugnantes medusas sobre el tapete verde. El mar. No hay por qué sonreir. ¿Has ganado? Bueno, pero no sonreir por el triunfo. Mal educado. Me quedan seis billetes en el bolsillo trasero del pantalón y otro en el del llavero. Para el taxi. ¿Lo pongo todo? Sí. Todavía puedo recuperarme. Si me recupero, se acabó. Nunca jugaré más al póker. Al dominó. Al tresillo. Inocentes. ¿Al dominó y al tresillo sí me dejas, Sarita?

—Repongo.

Padre nuestro que estás en los cielos... del mal, amén. Si me nivelo no volveré a jugar. Promesa. Pero en serio. Que me muera, si no la cumplo. Me toca dar las cartas. Rápido. Corte. Rápido. Quedan trece minutos. Hora fija. Y el pájaro,

en cuanto dé la hora, se larga. Ni un minuto más. Va ganando. Si perdiera, ¿echamos otra manita? Gana.

—Casa, cambio.

Ya está aquí el camarero Solano. Siempre que le toca a él de Caja, pierdo. Corazón de Sarita. Verás, desde mañana, lo felices que vamos a ser. No volveré a salir de noche. En la cama. Leyendo. No volveré a jugar. He prometido. Se acabó. Pierdo tres mil. Sablearé a Marquitos. Una bella persona. ¿Y por qué juegas, hombre? Ya ves. Te lo devolveré en tres meses. Una bella persona. En la Facultad, siempre el primero. Abogado del Estado. Buen chico. Mis cartas. Muy despacio. Una salva de extrasístoles. Distonía. No volveré a jugar. Padre nuestro... Despacio. No resbalan. Los niños ya estarán dormidos. ¿El vaso de leche a Cristina? Una jota. Despacio. Un diez. Una Q. Damas de la baraja francesa. Siamesas. Sin nalgas. Con las caras melancólicas. Un ocho. Con un nueve, aún podría embarcar la escalera. As. Un fastidio tener que esperar otra mano. Impaciente. Dar cartas a los otros. Sin ilusión. A ver qué pasa. Le han envidado. Perdió. Me alegro. Que se jorobe. Rápido, cartas. Quedan siete minutos. Ultima ocasión. Sin pincharlas. Deprisa. Un diez. Una jota. Una K. Dos nueves. ¡Mierda! El cabrito ha vuelto a ganar. Deberían expulsarle. La hora. ¿Una manita más? Bueno. ¡Otra mano! Todavía podría... Si van todos, ochocientas por cinco, cuatro mil. Aún saldría ganando. Cartas, cartas. Ya están aquí. Dos nueves. ¿Voy con dos nueves? A lo mejor, hasta meto póker. Ocurre, a

veces. No me apoyo. Debo profundizar. La gente se suele descartar de los nueves.

—Tres.

Me toca abrir. Poquito. Veinte duros. ¿Con dos nueves? Hay que mejorar el dinero. Ultima oportunidad.

—Veinte duros.

Va, va, va, y él también. Todos. Sería un golpe bueno. ¡Sarita! No volveré a jugar. Si me nivelo. Y aunque no me nivele. Prometido. Aunque no me nivele. Por si se enfada Dios. El colegio. Nunca prometas no hacer un pecado. ¿Es pecado jugar, don Francisco? Claro. Séptimo mandamiento. Ese cerdo nos roba, luego peca. Las cartas. ¡Ful de nueves! Extrasístoles. Disimulando un poco.

—Veinticinco.

Quiere, quiere, quiere y ¡quiere! Los cinco. ¡Viva! Ultima mano. Todos a ver si se salvan. Pero el cerdo... Ya va a tocar las fichas. ¿Envida? Sí. Ha envidado. Empuja el montonazo. Te pesqué. Farol. Quiere, quiere, quiere. Ahora yo:

—Quiero.

Llegó mi momento. Enseñan las cartas. Trío. Uno menos. Dobles. Otro fuera. Escalera a la Q. Falta el envenenador. Ansiedad. ¡Color! La puntilla. Y el mirón sin moverse. Le observaré con cara de cabreo. Que me entienda. ¿Está usted satisfecho? Ahí llega Solano con el cestillo, a contar las fichas. Mis despojos. Cuervos.

—¿Va usted hacia la plaza Mayor? ¿Me lleva? Gracias.

Desde luego, mañana no hay quien me quite a mí el rincón.

HOMBRE DEL PARAISO

Con sus ojos inocentes de más allá, de por encima de las cosas, iba de un lado para otro mirándolo todo con asombro, como si el mundo acabase de nacer, porque, en efecto, puede ocurrir que el mundo acabe de nacer ahora mismo, y, con esto de la radiactividad espacial, los sujetadores *Plim*, los detergentes y la discriminación, no nos hayamos dado cuenta.

El sí que se la daba. No leía periódicos ni viajaba en el Metro, pero, en cambio, sabía eso: que el mundo acaba de nacer. Y como vivía completamente solo, en un cuarto que daba sobre un tejado, y desde arriba no alcanzaba a ver la calle, sino sólo las cigüeñas de una torre, la lluvia, el sol, las palomas y las nubes, era como si el problema de la discriminación racial, las lavadoras automáticas, la música de los transistores y los buzones de alcance, formasen parte de un planeta, en el que él se consideraba extranjero y al cual, por lo mismo, no sentía ningún deseo de descender.

A veces, sin embargo, puesto que hay que comer y comprar cuchillas de afeitar y calcetines, bajaba; salvo que, en estas ocasiones, andaba de un lado para otro contemplándolo todo con asombro, con su mirada cálida y antigua de hombre del Paraíso.

—¡Oiga!

No oía.

—Pero ¿es que quiere que le hagan papilla?

El vehículo le pasó rozando para sortearle, pero no por eso dejó de clavarle el claxon en el costado como un puñal.

—¡Hay que ver el tipo! ¡Lo mismo cree que la calle es suya!

Coches, sopas concentradas, aceras, pasos de peatones, lavadoras, trolebuses, fajas ortopédicas, gente, sujetadores *Plim,* guerra en el Vietnam, semáforos, antorchas humanas, escaparates y anuncios, mientras él iba de un lado para otro, perdido en un mundo que no era el suyo, sin entender nada de lo que ocurría a su alrededor, porque acababa de salir del Paraíso y el único pasaporte que llevaba para viajar por el extranjero era la expresión de sus ojos acuosos, asombrados, sin edad, ya que lo mismo podía contar cinco años que cincuenta, puesto que, en realidad, el tiempo no corría a la misma velocidad en su habitación de las cigüeñas que en la calle.

—No, no. Hay que encerrarle. En su propio beneficio, compréndalo. ¿Quién le asegura a usted que el día menos pensado no le atropella un coche? Un perturbado, suelto por ahí, constituye un peligro público.

—Firme su señoría el ingreso, y mañana lo mando al manicomio.

Firmado.

Bueno. Allá ellos.

Sino que no se habían salido con la suya, ya

que daba la casualidad de que también allí dentro seguía naciendo el mundo cada mañana; y si no había pasos de peatones, había pájaros en los aleros del pabellón y en los árboles del jardín, porque el resto, lo de las batas blancas, los gritos nocturnos y las visitas de los jueves, no iba con él ni lo comprendía. Ni tampoco le interesaba.

Era un hombre del Paraíso. No podían con él.

SE NECESITA UN DOBLE

LLEGÓ la gente del cine. Apareció con autobuses y remolques, soles y cables, asientos con respaldos de lona, claquetas, cámaras y megáfonos, y la aldea, habitualmente silenciosa, se vio invadida de repente por unos seres extraños y ruidosos que parecían haber caído allí procedentes de otro planeta. Era un pueblo de pescadores, un pequeño rincón junto al mar, donde sesenta y siete vecinos vivían su oscura existencia cotidiana, yendo y viniendo por las únicas cuatro o cinco calles empinadas, con olor a salitre y geranios, que había; saliendo de las mismas casas, bañadas de sol y de cal, y saludando al pasar los mismos viejos, que remendaban siempre las mismas redes, sentados en el suelo, con los pies descalzos, la boina sobre la nariz y los ojos en sombra. La flota pesquera—una traíña, tres marrajeras y siete botes de luces—cabeceaba al abrigo de la bahía, no porque el tiempo no fuese bonacible en el Estrecho, sino debido a que mister Edwars, de la *American Picture Corporation,* director de la producción, tras ocupar militarmente el poblado, había empezado a reclamar para sí, pago en dólares, todo lo que pudiera ser utilizado en la cinta, tanto los tristes paisajes de esparto, palmitos y pitas,

que se extendían alrededor, como los barcos, tripulación incluida, que intervendrían también en un par de secuencias. Se trataba de filmar una película de contrabandistas y, en el guión, había una escena que figuraba el desembarco de un alijo. Decía:

Mar exterior amanecer.

P. G. De una embarcación aproximándose a la costa.

P. C. De la misma embarcación, embarrancada en un banco de arena, a poca distancia del litoral.

P. M. De una hilera de hombres, cargados de sacos, que se encaminan hacia la playa, con los pies hundidos en el agua.

JACKSON.—Vamos, rápido, rápido.

P. G. De una patrulla de guardias civiles españoles, que presencian la operación, escondidos tras unas peñas.

GUARDIA.—Ahí están.

Etcétera.»

Mister Hallan, ayudante de dirección, convocó en la plaza Mayor a los veintitrés pescadores que había en el pueblo, con el fin de elegir entre ellos a los ocho o nueve extras que se necesitaban. El director le había ordenado:

—Escójame usted unos cuantos tipos de aspecto duro. Ya sabe, gente patibularia, mal encarada y bronca.

Sólo que mister Hallan no pudo llevar a cabo el encargo, ya que, entre los veintitrés rostros que se alinearon frente a él, no encontró uno

solo que no fuese la viva imagen de la resignación, la docilidad y la paciencia.

—Usted, acérquese—decía, y el marinero a quien había señalado adelantaba un paso al frente—. A ver. Míreme fíjamente a los ojos. ¡Pero no con esa expresión de cordero, hombre! Míreme con odio contenido, como si estuviera haciendo esfuerzos por dominarse para no estrangularme. No, no es eso. ¿Es que nunca ha sentido usted el deseo de rebanarle a alguien la nuez? Pues imagínese que soy yo esa persona.

—Mas, a pesar de todo, mister Hallan encontraba tan poca hiel en aquella mirada, que acababa por desistir, desalentado—. Bueno, déjelo. Es lo mismo.

¿Qué culpa tenían ellos de no saber odiar? Se pasaban el día en la mar fondeando y cobrando los artes, y luego, al regreso, se juntaban en la taberna, a beber vino. En toda su vida no habían hecho otra cosa.

Por fin, el ayudante dio por terminada la revista. Dijo:

—Esperen aquí, por favor.

Y se alejó desesperado, dejando en la plaza a los marineros, que formaron inmediatamente un corrillo, observando de soslayo, mientras se daban entre sí con el codo, a la estrella del film, una mujer lánguida y rubia que se paseaba, arriba y abajo, por la acera, completamente sola, con la mirada ausente, como si nada de cuanto aparecía ante sus ojos fuese merecedor de su atención. Pero como, para los pescadores, una mujer así constituía un sueño demasiado imposible, enseguida prescindieron de ella y se pusieron a charlar del único asunto que verda-

deramente les interesaba en aquellos instantes, su participación en la película. Les habían prometido cuatrocientas pesetas por individuo y hora de trabajo, y se complacían en repetir una y otra vez esta cifra, cuya simple enunciación les causaba un raro placer. Ellos, cuando había suerte y volvían a tierra con diez o doce cajas de sardina o bonito después de una noche de faena, se consideraban realmente afortunados si podían partir a veinte duros por cabeza; y, sin embargo, aparecía de pronto aquella gente y les ponía un capital en las manos, y, además, por nada, por una tontería como acercar una traíña a la playa, desembarcar un cargamento y desfilar con él, metidos en el agua hasta media pierna, por delante del objetivo. Si lo que les pidiesen fuera que aguantaran un tornado en alta mar, todavía; pero pagar cuatro billetes por cráneo, sólo por pasar en fila india ante una máquina de retratar, era como regalarle a uno el dinero.

Mister Hallan explicó al director lo ocurrido, y éste repuso, sin conceder demasiada importancia al asunto:

—No se preocupe, Hallan. Ya nos arreglaremos.

Mister Edwars era un veterano del cine. Contaba con siete películas policíacas, una de espionaje y tres *westerns* en su hoja de servicios, y el hecho de improvisar unos cuantos extras, para quien, como él, había movido grandes masas de pieles rojas y soldados alrededor de un fuerte, no constituía ningún problema. Para algo había anunciado a los periodistas, a raíz de proyectarse, en sesión de estreno, su *Caballo loco*

ataca, que, si se lo proponía, era él capaz de convertir en actor a una estatua. Por esta causa, dió de lado el problema y se dirigió, en compañía de su ayudante, a inspeccionar el pueblo, a caza de escenarios, decorados y encuadres.

Al pasar por el muelle, mister Edwars se detuvo a observar una grúa enclavada en el malecón. La contempló durante un rato en silencio; luego dijo:

—Muy interesante.

Y se pellizcó meditativamente la barbilla.

La grúa, un gigantesco armazón de hierros oxidados, había sido instalada allí por razones militares durante la guerra, sin que hubiera vuelto a ser utilizada desde entonces. Preguntó el director:

—Oiga, Hallan. ¿Qué altura le calcula usted a esa chatarra?

—Unos sesenta pies.

Mister Edwars asintió con un gesto y continuó abstraido. Al cabo de un minuto dijo, pero hablando consigo mismo:

—Sesenta. Puede que, incluso, más.

Y de nuevo se sumió en sus meditaciones, puesto que desde hacía diez minutos estaba dándole vueltas a la misma idea, una de aquellas felices inspiraciones que le habían hecho famoso en el mundillo cinematográfico de Hollywood. Por fin, se decidió a explicar:

—¿Sabe, Hallan? He decidido modificar por completo la escena de la fuga.

Sí. Eso era lo que acababa de decidir, precisamente. La forma en que el guionista había concebido la secuencia no terminaba de convencerle. Al fin y al cabo, se trataba de la escena

clave de la película, y había que resolverla de un modo menos frío y convencional, más aparatoso y dinámico. Algo capaz de encoger el ánimo de los espectadores. La situación, según aparecía en el guión actualmente, resultaba demasiado vista. Jackson, el jefe de la banda de contrabandistas, había sido descubierto y emprendía la huída hacia el puerto; allí, parapetándose detrás de unos cajones apilados, cruzaba unos disparos con sus perseguidores y, a continuación, saltaba al mar para ganar a nado la motora, pilotada por Mae, la pelirroja.

—¿Comprende? Voy a hacer que Jackson, el protagonista, al verse acorralado, intente escapar escalando a lo alto de la grúa y arrojándose al agua desde allá.

Observó el ayudante:

—Pero Caril se negará en redondo a correr ese riesgo.

Claro que se negaría, ya lo sabía mister Edwars. El director era un veterano del cine y no ignoraba que, en cuanto a los astros de la pantalla se les sube la fama a la cabeza, se vuelven pusilánimes y egoístas. Se negaría, ¿y qué? Para eso existen los dobles.

—Encárguese de localizar un tipo que se encuentre dispuesto a hacerlo. Ofrezca lo que sea necesario, pero tráigamelo.

—De acuerdo.

El ayudante regresó a la plaza e interrogó a los pescadores.

—Hay poca profundidad por esa parte—respondieron ellos—. Lo más seguro es que, si alguien se tirase allí, se rompiese la cabeza contra el fondo.

—El trabajo lo pagaremos bien.

—¿Como cuánto?

—Sesenta mil pesetas, seguro de accidentes aparte.

Los marinos se sintieron desvanecer. Con doce mil duros, una cantidad que no habían visto junta en su vida, podían mandarse construir un barco nuevo, comprar una casa, entrar en sociedad con algún armador. Como para emborracharse soñando. Pero todos tenían familia.

—Es demasiado peligroso, mire.

Uno dijo:

—La única persona capaz de hacerlo sería Garabito...

...que en aquellos instantes se encontraba a dos kilómetros de la Plaza Mayor, en pleno campo, ajeno a todo lo que sucedía en el pueblo, completamente solo, tendido boca arriba en el suelo, con una greña sobre los ojos, una espiga en la boca y las manos bajo la nuca. Después de lo que había ocurrido con la rubia, que nadie le hablase a él de los cineastas. Porque él tenía su amor propio como cualquiera, y a él no había quien le avasallase, ni estaba dispuesto a consentir que una mujer, por muy artista que fuese, le mirara por encima del hombro.

—¡Pero que ni hablar de ello, vamos!

Durante toda la mañana, concretamente desde que Garabito vio descender de su automóvil a la estrella de la película, el muchacho no había hecho otra cosa que tratar de llamar su atención, pasando una y otra vez por delante de ella, con las manos en el bolsillo y silbando.

—Ahí tiene que haber plan—se había dicho,

porque el aspecto de la rubia no dejaba lugar a dudas, a su juicio.

Garabito presumía de conquistador. Sus éxitos con las mujeres le tenían envanecido. Cada vez que se dejaba caer por los bailes de los pueblos vecinos, siempre volvía al suyo con alguna historia que contar; por eso solía acercarse a las mujeres investido de aquel aire de seguridad en sí mismo, aplomo, superioridad y dominio que había adoptado ante la estrella. Pero, con ésta, fracasó por completo desde el principio, porque no fue sólo que le hubiese mirado de pasada y hubiera vuelto después los ojos a otra parte, que con eso se hubiera conformado Garabito, sino que, al cabo de una hora de rondar a su alrededor, hubo de confesarse que ni siquiera había reparado en él, como si Garabito no hubiera estado allí o, peor todavía, como si nunca hubiese existido.

—Pero, ¡venga ya! ¿Qué se habrá creido la tipa?—dijo—,y, con las mismas, le volvió ostensiblemente la espalda, cogió el camino hacia las afueras y se quitó de en medio.

Garabito tenía veinticinco años. Era cetrino, espigado, caprichoso e individualista; poseía un temperamento vanidoso, y se picaba con facilidad. Sabía poner inyecciones y entendía de motores, esas cosas que llamaba la gente «hacer garabos», de donde le había venido el apodo. Garabito no se dedicaba a la pesca, sino que era dueño de una taberna y una barbería, aunque, como no le gustaba someterse a ninguna clase de horario, abría y cerraba sus establecimientos, como él decía, cuando le daba la real gana; porque, a veces, como le ocurría en aquellos

momentos, le invadía una extraña sensación de decaimiento, un estado peculiar de desgana, lo que él denominaba «la flojera», que le obligaba a abandonar lo que estuviese haciendo; y, en esas ocasiones, lo único que le apetecía era tenderse boca arriba, al aire libre, durante horas enteras, sin pensar absolutamente en nada.

Aparte de su fama de conquistador, el verdadero orgullo de Garabito lo constituía su habilidad para lanzarse al agua desde el acantilado del *Recinto,* doce metros de roca, cortada a pico, cuya hazaña nadie había sido capaz, hasta entonces, de igualar.

Dijo mister Hallan:

—Que vayan a llamarlo.

El marinero que echó a correr con el encargo, encontró a Garabito tumbado en el suelo, y le participó lo que sucedía.

—Pues que venga él a verme, si quiere, porque lo que es yo, no pienso moverme de aquí —repuso el barbero, y el otro regresó con el parte, y mister Hallan tuvo que resignarse a montar en el *jeep* e ir a tratar personalmente del asunto con el doble. Garabito escuchó la proposición en silencio, sin cambiar de postura, con gesto indolente y la mirada perdida en el vacío.

—Poco dinero—laconizó.

—¿Cuál es su contraoferta?

—Veinte mil duros.

Mister Hallan era un tipo dinámico. No le gustaba discutir.

—Conforme—dijo, e inmediatamente condujo a Garabito a presencia de mister Edwars. Este mandó avisar a Ciril, el actor que había de encarnar al protagonista del *film,* y, cuando lo tuvo

delante, comparó al astro y a su doble con una rápida ojeada.

—Vale—dictaminó—. Que empiecen a maquillarle. Utilizando los dos el mismo traje, nadie se percatará de la sustitución.

Garabito cogió la onda:

—Oiga, oiga—dijo—. Vamos a ver si nos entendemos. ¿Quién es el que va a salir en la película, ese señor o yo?

Repuso mister Hallan, con una sonrisa condescendiente:

—El, por supuesto. El trabajo de usted consiste en reemplazarle durante la escena de la grúa.

Ah, vamos. Comprendido. El que se arriesgaba a romperse la crisma era Garabito, pero quien se llevaba la gloria, el otro. Pues ni hablar de eso. Si el tipo quería alardear, no sería a su costa, desde luego.

—Entonces no hay nada de lo dicho.

El director le observó con perplejidad:

—Pero, ¿qué diablos le sucede ahora?—inquirió.

Nada. No le ocurría nada, sino que no le daba la gana de saltar. Sencillamente, eso.

Medió, funcional y positivo, mister Hallan.

—Doscientas mil pesetas.

Ciril, el *astro,* se sintió irónico.

—A lo mejor, es que tiene miedo—dijo.

Por toda respuesta, Garabito le miró friamente. ¿Miedo? Pero ¿qué clase de hombre se había creido el otro que era él?. «¡Capaz de tirarme de la grúa y de partirle a usted la cara!» Bah, no valía la pena de tomarse la molestia de armar gresca.

El ayudante pujó de nuevo, casi con angustia, histéricamente:

—¡Trescientas mil!

Pero Garabito no se preocupó de responder, sino que puso las manos en los bolsillos y se apartó de allí con paso indolente y silbando. Había dicho su última palabra y ni por medio millón se volvería atrás.

Desapareció la gente del cine, con sus remolques, sus megáfonos y sus focos, y la vida en el pueblo volvió paulatinamente a su cauce, y, dos o tres semanas más tarde, todo aquel asunto de la película, el alijo y el salto había pasado para siempre a la historia. La única persona que no había olvidado lo ocurrido, Garabito: la prueba de ello fue que, una noche, sin que viniera a cuento, puesto que nadie se acordaba ya de nada, anunció de pronto, en la taberna, para que la noticia se extendiese a toda velocidad por la población:

—Mañana me tiro.

Porque sí, porque le daba la real gana, porque se le había puesto de repente hacerlo, porque tenía ese carácter. No había querido intentar la proeza cuando le ofrecían trescientas mil pesetas y, en cambio, ahora iba a realizarla por nada.

Al otro día, como había prometido, Garabito se encaminó hacia el muelle, seguido por todo el vecindario; trepó a lo alto de la grúa, dijo, desde arriba: «Allá voy», y se lanzó al agua, con los brazos abiertos, el pecho fuera, la cabeza erguida y una greña sobre los ojos: como un auténtico campeón de Olimpiada.

EL AVION

El abogado escuchaba distraidamente a su cliente, que le hablaba de una finca y de su vecino. El cliente había llegado del pueblo hacía unos minutos en el autobús de línea, y daba vueltas a la boina entre las manos y se expresaba con mucha indignación. Decía:

—Se quiere meter en mi parcela. Y si me descuido se quedará con ella. Menudo zorro, el tío.

El abogado contestó con descuido:

—Sí, sí.

Y consultó su reloj y se movió impaciente en la butaca, porque eran las once y veinte y el avión aún no había pasado, y era la primera vez que ocurría, y ya empezaba a preocuparle seriamente el retraso.

—Sobre todo, que se ha dejado decir que corrí los mojones cuando compré el terreno. Figúrese.

El abogado meneó la cabeza asintiendo, pero su imaginación no se encontraba en aquellos instantes en el despacho, sino muy lejos, en la ruta del avión *Iberia*, a setecientos metros de altura. Todos los días, desde hacía seis años, el avión volaba por encima de su casa a las once y cinco en punto, aunque dos minutos antes se dejaba oír el rumor de los motores, que percu-

tía sobre los cristales del balcón y los hacía retumbar. Al escucharlo, el abogado dejaba sus papeles, o si estaba con un cliente decía: «Perdone», y se dirigía a la ventana, y buscaba el aparato en el cielo, y cuando le localizaba, lo seguía con la mirada hasta que le veía desaparecer. Sólo entonces volvía a su sillón y reanudaba su trabajo. Tenía cuarenta años, pero los aviones le entusiasmaban como cuando era niño y estaba en el colegio y hablaba con los chicos de Barberán y Collar y del *Jesús del Gran Poder*. En aquella época aún se llamaban aeroplanos, y, cuando aparecía una avioneta en el campo de San Isidro, los frailes del colegio les llevaban allí de paseo, y no a los pinares, para que los muchachos la vieran volar.

—Yo tengo mis escrituras. Y no estoy dispuesto a dejar que me pisen.

El abogado dijo:

—Claro.

Pero, en el fondo, la escritura de su cliente le tenía ahora sin cuidado. Pensaba: «Debe haber ocurrido algo», y seguía revolviéndose inquieto y afinaba el oído, por si captaba el run run de las hélices. Diariamente, durante seis años, el avión había cruzado por encima de la casa y hoy no, y tenía que haber ocurrido algo, y esta idea le intranquilizaba. La imagen del avión se había hecho familiar y constante, y por eso, en aquellos momentos, parecía como si le faltase algo. El aparato era de color plomizo los días grises, y brillante y metálico cuando hacía sol, y avanzaba recto si era una mañana tranquila o escorado y oblicuo, como los perros al correr, si soplaba el viento. Y el abogado había cum-

plido los cuarenta años, pero no por eso dejaba de acudir a la ventana a ver pasar el avión. Al principio, llamaba a sus chicos: «Mirad, un avión», pero enseguida se desengañó, porque a ellos no les interesaba en absoluto. Pensaba: «Otra generación».

—No me gustaría meterme en un pleito, pero tampoco cruzarme de brazos y consentir que me avasallen.

El abogado respondió:

—Desde luego.

Pero seguía pensando en su avión, con más desasosiego cada vez. Tenía cuarenta años y tres niños y todavía le entusiasmaban los aviones, y, en cambio, a sus hijos les dejaban indiferentes. Y eso que el abogado estuvo en la guerra y ellos no, y un caza había picado para ametrallarlo, y había visto pasar los bombarderos formados, con su vuelo pesado, y se había alegrado diciendo:

—Allá van las pavas. Hoy, al menos, nos dejarán tranquilos los de enfrente.

Y el avión no llegaba, y eran las once y media, y el cliente seguía hablando de la finca, y el abogado no podía concentrar su atención en el problema. Se levantó de pronto. Dijo:

—Perdone.

Y fue a la mesa y buscó un número en la guía, y descolgó el teléfono, y marcó, y salió una voz de muchacha:

—¿Diga?

El abogado repuso:

—¿Ocurre algo con el avión? Lleva casi media hora de retraso.

La voz contestó:

—Me informaré. No cuelgue.

Mientras esperaba, el abogado sintió un vacío en el estómago, una extraña sequedad interior, y cuando oyó que le decían: «Oiga», le dio un vuelco el corazón:

—El aparato ha despegado normalmente. Hubo que repesar el equipaje y por eso se ha demorado un cuarto de hora. Pero no ocurre nada.

El abogado respondió: «Gracias», y colgó, y volvió a su asiento, y el cliente dijo:

—Al fin y al cabo, yo no hubiera necesitado la finca. Yo tenía mis tierras. Y si...

Se oyó un run run lejano y los cristales retemblaron. El Abogado se puso en pie de un salto:

—Discúlpeme.

Se dirigió a la ventana y recorrió el cielo con la mirada, y cuando, al fin, descubrió el avión, sonrió involuntariamente. Siguió con los ojos al aparato y cuando éste desapareció detrás de los tejados, se reintegró de nuevo a su butaca. Ahora se sentía benévolo, favorablemente predispuesto a aquel hombre que hacía rodar la boina entre las manos. Sonrió. Dijo:

—Vamos a ver. ¿Quiere contarme de nuevo su caso?

LA DESPEDIDA

(Castillejos, 1958.)

SUBIÓ el último tramo de la cuesta, pero resollando. porque la carga pesaba veinte kilos y su tristeza otros veinte, y entre la leña y la tristeza eran cuarenta kilos los que llevaba sobre los riñones. La cuesta tenía poco desnivel, el necesario para adaptarse a la forma del túnel que pasaba por debajo, pero, en su juventud, como no había túnel, el camino era completamente llano, o, quizá, que a Chumisa se lo parecía.

Había salido de Castillejos a las cinco de la mañana, y a las seis se metió en los *Negrillos* con el hacha, y a las siete hizo un fardo con las ramas que tenía cortadas, y a las siete y media emprendió la marcha hacia Ceuta, y a las ocho subió resollando el camino del túnel. Era la última vez que lo hacía. La despedida.

La despedida de algo que Chumisa no podía recordar cuándo había empezado. Porque si retrocedía en sus recuerdos, nunca llegaba a un punto de partida; siempre daba con un día anterior; siempre había un día antes, durante el cual también había andado transportando leña. Seguramente ocurría que Chumisa no había comenzado nunca, sino que llevaba acarreando leña desde la eternidad. Pero si no lograba en-

contrar el principio, sí podía determinar el final: hoy, la despedida.

Por primera vez en muchos años, Chumisa hizo el trayecto con cuarenta kilos sobre los riñones. Porque ayer mismo, todavía llevaba con ella el borrico, para los serones de picón, y tiraba del ronzal, y llegaban a Ceuta, y volvían luego a Castillejos, y se metían juntos en la casa, que se encontraba fuera del poblado, en el campo. Pero el borrico estaba tan viejo como la mora, y por la mañana ya no pudo salir, porque ni siquiera se sostenía sobre sus patas. El animal era todo lo que le quedaba a Chumisa de cuando ella tenía treinta años y se pintaba los ojos y las manos. Ella estuvo casada en otros tiempos con un mejasni, y tuvieron un hijo, pero luego el marido la repudió y la dejó sin hijo, sólo con la papela, la casa y el burro. Y Chumisa siguió llevando leña y el burro picón, hasta que los dos se hicieron viejos y ella subió la cuesta del túnel por última vez, pero sola: una campesina llena de trapos y con un sombrero enorme con borlas, y las manos sin teñir, y las piernas cubiertas de cuero, pero completamente sola, pero completamente demasiado vieja.

Chumisa pasó el Puente Nuevo y luego la Catedral y llegó al Mercado a las nueve. Y allí se puso en la rampa de la entrada, donde los moros que venden gallinas, y se sentó en cuclillas en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, pero sin el picón ni el burro, sólo con la leña leñada en *Los Negrillos*. Y cuando la tuvo vendida, que era por la tarde, emprendió el regreso, paso por paso, muy despacio, porque era demasiado vieja. Como el borrico y la casa e in-

cluso la papela. Y con el dinero de la leña compró en una granja un saco de paja, algunas algarrobas y unos puños de heno, y lo llevó a la chabola, que estaba en el campo. El burro seguía acostado en el patio, todo gris, todo absolutamente gris. Y Chumisa puso al alcance del animal la paja, el heno y las algarrobas, y se sentó en cuclillas contra la pared. A dejarse morir.

LA VIDA AL OTRO LADO

El *Nardo* se estaba muriendo, completamente solo, en su jergón, y pensaba: «De esta noche no paso», pero sin asustarse, la mar de tranquilo, como si la cosa no fuera con él. Total, ¿qué? ¿Que hoy se encontraba allí y mañana habría desaparecido? Pues, bueno, más se perdió en Cuba. Al fin y al cabo, ¿qué motivos tenía él para seguir aferrado a la existencia? La vida para los señoritos, con sus fulanas y sus coches; pero ¿él?, ¿qué era lo que tenía él que perder? Si volvía los ojos al pasado, su vida se le representaba como un túnel monótono y negro; un túnel que le había conducido, un año tras otro, hasta aquella habitación con paredes de tablas mal amachambradas, por cuyas rendijas se filtraba la luz del cuarto vecino. Bueno, la luz y las palabras. Ahora mismo, se oía perfectamente a Lino, el guardacalles, gritando a su mujer. Era lo de todos los días. Primero la amenazaba y luego la pedía perdón. El sabía que le engañaba, pero lo que él decía:

—Si tengo que pasarme la noche fuera de casa, ¿cómo voy a arreglármelas para vigilarle también a ella? Bastante trabajo me da ya cuidar de los portales de los demás.

El Lino era completamente idiota. «¡Péguela

usted una patada en el talle, hombre, y mándela a paseo!». Pues ya ve, no. En lugar de eso, se ponía a discutir con la tipa, y, al final, todavía tenía que darle la razón. Ella decía:

—Cualquier día cojo la puerta y me largo, ¿te enteras?

Y él, en vez de tomar la palabra, abrirla por sí mismo y responder: «Para luego es tarde», empezaba con las explicaciones. Precisamente en aquellos momentos estaban discutiendo. Chillaba Lino:

—Como vuelvas a ponerme los cuernos, es que te pateo los hígados.

—¿Tú a mí? Atrévete, anda.

¡Qué iba a atreverse! El *Nardo* había escuchado tantas escenas como aquélla, que incluso llegaron a aburrirle; aunque, desde luego, se hubiera muerto mucho más tranquilo, sabiendo que el Lino le había atizado por fin a su mujer.

El *Nardo* volvió la cabeza en la almohada y su mirada tropezó con la bombilla, sin pantalla, que pendía del techo. ¿Por qué se le habría ocurrido dejarla encendida? Si, por lo menos, se pudiera levantar a apagarla... Pero ya no se sentía capaz de moverse. Se tenía que resignar a irse para el otro barrio con aquella luz en los ojos, y los gritos de Lino y su parienta en los oídos. Vamos, que ni siquiera podía uno morirse a gusto. Contempló la fotografía que había encima de la cómoda, un retrato suyo de hacía veinte años, y luego el frasco del jarabe. El último buche lo había bebido la tarde anterior. Fue el médico del Seguro quien se lo había recetado. Escribió en un papel, lo dejó encima de la cómoda, dijo: «¿Para qué voy a enga-

ñarle, amigo? Ese pecho no va nada bien», y se fue, sin que hubiera vuelto a aparecer desde entonces. La única persona que entraba alguna vez a visitarle era Paca, la vecina de enfrente, una mujer charlatana que hablaba de los muertos con una familiaridad fastidiosa. Decía:

—No se apure usted, *Nardo*, que ya le llevaré yo un ramito de crisantemos al cementerio.

Y él respondía mentalmente: «¿Por qué no se los lleva usted a su puta madre?». No era que a el *Nardo* le importara morirse, pero tampoco había derecho a que, encima, le restregasen a uno su propia defunción por las narices. Era Paca la que le había acercado el jarabe la última vez que lo tomó. La medicina sabía a aceite de linaza; el *Nardo* era pintor y estaba al cabo de la calle en la materia; otro, en su situación, hubiera deseado, en aquellos instantes, en vez de estar estirando la pata en un camastro, encontrarse subido en una bamba, pintando ventanas de verde; pero él ya había pintado bastantes en su vida, y lo único que quería de verdad era que el Lino cerrase el pico de una vez, y que alguien, aunque fuera Paca, la vecina de enfrente, entrara en la habitación a apagar la luz. Le extrañaba que no hubiera vuelto desde el día anterior. A lo mejor se había ido al Ayuntamiento a decir:

—El *Nardo*, mi vecino, que se ha muerto.

Porque su ilusión era llevarle unos crisantemos a la sepultura cuanto antes.

El guardacalles había dejado de discutir con su mujer. Ahora hablaban los dos en voz baja, y apenas se distinguía lo que decían. Susurró ella:

—Pero si ya sabes de sobra que, para mí, no hay más hombre que tú.

Y se besaron.

El *Nardo* rezongó algo acerca de la bombilla. Pero, total, ¿qué importaba ahora eso? Ninguna cosa importaba ya nada.

—¿Quiere usted pintarme las ventanas de verde?

—Pues no, mire, no tengo tiempo. Estoy a punto de morirme.

Qué risa.

Paca se encargaría probablemente de todo, incluso de mandar un recado al cura, porque a Paca, la vecina de enfrente, nunca se le escapaba nada. El padre Julio, el coadjutor, un muchachito joven, con las mejillas encarnadas, aparecería allí en cualquier momento con su sonrisa tímida, de aprendiz, predicando:

—No se preocupe, *Nardo*. Los pobres van derechos al Cielo por el mero hecho de serlo. Lo dijo Jesucristo: «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de los Cielos.»

¿El *Nardo* al Cielo?

—Mire, Padre, que me he emborrachado; que en la guerra me cargué a un par de tipos, y que no voy a Misa.

—No importa. Los pobres...

¿Y los ricos? ¿Los señoritos, con sus automóviles y sus queridas? ¡También sería cosa de que, después de la vida que se pegan, tuvieran reservada su butaca en la Gloria! Que no habría derecho, vamos. ¡Menudo negocio!

El Lino piropeó a su mujer al otro lado de la pared.

—Hermosa—dijo.

Luego, se oyó cómo la perseguía por el interior de la vivienda; por último, la mujer dejó escapar una risa sofocada, y la luz que se filtraba por las rendijas se apagó. Y el silencio.

En cambio, a el *Nardo* nadie le apagaba la suya. Su habitación en pleno apogeo de luces, como cuando pintaba en el bloque nuevo. ¡Ah!, ¿y la factura? Todavía no la había cobrado. El contratista se presentaría a pagársela el día menos pensado, y, como era natural, Paca le saldría al encuentro, a advertirle, con rostro compungido, pero satisfecha de poder adelantar la noticia:

—Se murió la semana pasada. ¡El pobre!

Y el otro quedaría perplejo. Pensaría: «¿Y qué hago yo con esto?». Hombre, pues ¿qué ha de hacer? Darle el dinero a Paca, para que pueda comprar velas y crisantemos de repuesto. ¡Mira que si al contratista se le ocurriese aparecer ahora, de repente!

—Vengo a abonar su cuenta, señor *Nardo*.

—Con que sí ¿eh? Pues, oiga, le regalo mi dinero, todo mi dinero, a cambio de una cosa: que haga el favor de apagarme esa luz.

LA ISLA

Los domingos, durante la Misa, siempre se le iba su imaginación a la Isla, su imaginación de trece años. Y él no podía retenerla. El Hermano de Literatura, que era muy místico y padecía un tic nervioso, como de estar continuamente apartando de delante del rostro las plumas del Angel Custodio, contaba y se extasiaba:

—Me imagino la Gloria como una eterna Misa Mayor.

Pero esto al chico no le convencía. Por muchos esfuerzos que él hiciera, no lograba identificar el Cielo con las capas pluviales, entre nieblas de incienso, de las mañanas del domingo. Si la Gloria fuera como decía el Hermano, se parecería a la capilla. Dios, como el Director, en un reclinatorio, frente al altar, y los Arcángeles y Serafines, lo mismo que los Hermanos de la Comunidad, en los bancos laterales, con el misal abierto, y los chicos, los bienaventurados, cantando el *Kirie,* y luego el *Gloria,* y después el *Credo,* presididos por la música jadeante del armonio. No. Desde luego que no. El Cielo tenía que ser de otro modo. Con árboles, como la Isla. Como la Isla, que resultaba desconocida y tentadora. El niño sabía de antemano todo lo que pasaba en la Misa, pero nada de lo que pu-

diera ocurrir en su Isla. El mismo había intervenido alguna vez como monaguillo, haciendo bailar el incensario. Era una cosa divertida el incensario. Sobre todo cuando llegaba el momento de echar humo a la gente. Y con la posibilidad de lanzar un par de nubes a los ojos del Director, él, tan inaccesible, con sus cejas blancas en punta.

Fue el Hermano Director quien recorrió una vez las clases diciendo:

—Es conveniente que los alumnos sepan que la Isla acaba de ser adquirida por el Colegio, pero que queda prohibido visitarla, termiantemente prohibido.

Desde entonces la Isla constituyó un continuo tormento para los muchachos. Y la imaginación las derivaba allí con frecuencia; y debía haber tesoros o quizá una base de submarinos, porque por algo habían prohibido que se visitara. Era curioso, sin embargo, que nadie hubiese apenas reparado en la Isla hasta aquel momento. Aparecía en una de las márgenes del río, con forma de Madagascar, muy cerca de la orilla, separada del jardín del Colegio por un puente de tablas recién instalado. Cuatro pasos de puente. Pero, desde luego, se trataba de una verdadera isla y, además, estaba prohibido visitarla, y quizá encerrase un tesoro o alguna misteriosa razón oculta en la maleza.

Y el niño cantaba el *Sanctus* a pleno pulmón con los otros, pero su mente andaba por la Isla, entre bucaneros y soldados de infantería de marina y japoneses y palmeras malayas. Era la primera vez que el Colegio le proporcionaba una ocasión así. El Colegio era inmenso. Un edificio

de fachada de ladrillo, con una Virgen en el coronamiento y patios de recreo con palos de baloncesto y rinconeras para los papeles. Y, por dentro, galerías con baldosas relucientes y orlas en las paredes, pero no con fotografías de futbolistas, sino con retratos en óvalo de los antiguos alumnos. Las orlas empezaban en 1908 y terminaban en el año anterior. Los chicos de 1908 llevaban bigote y parecían ya ingenieros y, al principio de curso, resultaba entretenido observarles, pero con el tiempo incluso esto llegaba a fastidiar. En cambio, uno nunca se cansaba de pensar en la Isla. Las ventanas de la clase daban sobre la parte trasera del edificio, donde había un jardín y una reproducción de la gruta de Lourdes y una jaula con un águila. El Hermano jardinero era muy viejo, lo más viejo que el niño había visto en el mundo. Siempre con su regadera, entre las flores, como una tortuguita moviéndose despacio por un campo de lechugas. El jardinero era al propio tiempo sacristán de la capilla y tenía la cabeza blanca. En aquel momento, rezaba el rosario y miraba con ojos de présbita, y el niño pensó que sería fácil burlar su vigilancia, y el corazón empezó a latirle con violencia, y desde el mismo instante, *Dominus Deus sabahot*, la idea comenzó a abrirse camino en su cerebro. Durante un recreo. Escapado. —¿Dónde va? —A la capilla. —Vaya. Y la capilla tenía una puerta que se abría al jardín, y la tortuga estaría regando sus flores, y él podría eludir su mirada y llegar hasta el puente. Desde la clase se avistaba el río, de color verde los días corrientes y rojizo y terroso los de lluvia, y había barcas, y a los chicos se

les iba constantemente la imaginación hacia allí. Tres etapas. Capilla. Jardín. Isla. *Agnus Dei qui tollis*. Y el corazón, bom, bom, bom, cada vez más veloz.

—¿Dónde va?

—A la capilla.

—Ande, vaya.

El Hermano Prefecto se quedó sonriendo, porque le gustaba que los chicos fueran piadosos, y el niño entró en la capilla y mojó los dedos en el agua bendita y genuflexionó ante el altar. Los ventanales tenían vidrios de colores, que uno deseaba meter en la boca y chupar como un caramelo. Luego pasó a la sacristía. Nadie. Abrió la puerta del jardín. Nadie. Era la hora del recreo. No le podían ver desde las clases. El despacho del Director daba también sobre el jardín, pero ese era el riesgo, un riesgo agradablemente excitante, que precipitaba su pulso, bom, bom, bom. Otro riesgo, la tortuguita, con su regadera, entre las flores. El niño le vio. Metido precisamente entre sus flores. Casualmente, precisamente, de espaldas. Un par de saltos. Andando con la cabeza inclinada, bajo un seto podado, para desenfilarse. Como un soldado de infantería de marina, con el fusil en una mano y un cuchillo en la otra. El puente. Bom, bom, bom. Dos saltos más. La Isla.

Muchas zarzas y árboles y tesoros y japoneses. Y hasta alguna ametralladora escondida. El niño se dejó inundar por la luz tamizada y verde, como la de la lámpara del Director. Después, anduvo muy despacio. Mañana, nadie querría creerle. Cortó una caña y luego un junco, prue-

bas, y se adentró en la selva. De pronto, oyó un rumor de voces apagadas y una breve risa, y tuvo miedo, y estuvo a punto de huir, pero mañana contaría, y se acercó lentamente, amortiguando las pisadas sobre la hierba. Otra risa, y sintió un extraño rigor en la nuca. Bom, bom, bom. No se veía el río ni el Colegio. Unicamente troncos de árboles, zarzas y juncias. El niño solo. En mitad de la selva. Y algún japonés espiándole quizá desde la copa de una palmera. Volvió a sonar la risa. Muy cerca. Y el niño, a través de una cortina de flecos de madera como la de la tienda de comestibles de junto a su casa, vio dos sombras. Un hombre y una mujer. En el suelo. Y reían. El niño abrió mucho los ojos y sintió miedo. No de los japoneses o el Director, sino del horror que veía. Bom, bom, bom. Estuvo observando más de un minuto, y él quería echar a correr y, sin embargo, miraba, y cada vez era mayor su espanto, y la mandíbula le temblaba ligeramente. Luego sintió una náusea y se puso a devolver. El hombre alzó la cabeza, sobresaltado, y la mujer se arregló sus ropas, y el niño huyó de prisa, y la tortuguita seguía regando. Atravesó la capilla y volvió a mezclarse con sus compañeros en el patio. Pero ya no reía. Jamás volvería a reír. La vida nunca sería ya como antes. Ni la Isla tampoco.

ATRACO FRUSTRADO

ERAN cuatro. Se habían citado a las nueve, en las escalinatas, por detrás de la catedral, en la sombra, no a «vacilar un rato», según decían ellos, como otras veces, sino a preparar un golpe, como los *gangs* de las películas.

—Para eso os he llamado.

Y que tenía que ser precisamente aquella noche, porque el baile empezaba a las once.

—Venga, repite el rollo, a ver. Hay que entrar en ambiente.

Se habían sentado en el atrio, con las piernas colgando hacia afuera. Como los cuatro vestían de oscuro, parecían cuatro cornejas posadas en un alero.

El muchacho volvió a contar lo sucedido.

—Pero, en resumen, ¿qué es lo que te dijo?

—Eso: que como yo olía muy mal no quería bailar conmigo.

—¿Parola de la buena?

—Palabra.

—Y ¿de dónde ha salido una tía tan cursi? Será alguna fósil de esas antiguas.

—Ni hablar: una nena.

—Pero ¿bacilona?

—Brutal.

—¡Qué burra!

—¿Y qué piensas hacer?

—Darle una lección. ¿Es que no la merece, sí o sí?

Los demás estuvieron conformes en que, efectivamente, la merecía.

—Entonces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Uno de los chicos pinzó con dos dedos las aletas de su nariz y gangueó, con voz fingidamente afeminada:

—Aparta, aparta, ¡hueles a pies!

Y los cuatro rieron.

—Bueno, ¿qué os parece la idea?

—Pegote. Pero, cuando tengamos el bicho, ¿qué?

—Nada, que me meto en el baile y se lo largo. ¿Vale?

Valía.

—Lo difícil es encontrarlo.

Sí, eso era lo difícil; porque, de ser atracadores, una cartera, un billetero o un bolso de señora, se hubieran podido encontrar en cualquier parte; pero un piojo, ¿de dónde sacaban ahora ellos un piojo?

—Se busca. Alguno quedará por ahí, digo yo. ¿Al asunto?

—Para luego es tarde.

Y los cuatro echaron a andar, con las manos en los bolsillos y silbando.

Habían dejado atrás las últimas señales de tráfico. Ahora caminaban por un barrio de callejuelas tristes, con puertas de bares tristes asomadas a tristes aceras, por las que ya no circu-

laba gente, sino sombras de gente; pero aún había allí portales, y ventanas con ropa tendida, y llamadas a gritos —«¡Juanito! ¡Mira que el niño! ¿Dónde se habrá metido? ¡Juan!»—que se cruzaban de extremo a extremo de la calle: la vida, vamos. Y fantasmas, como el de aquella mujer que se paseaba, arriba y abajo, de farola en farola, envuelta en una nube de perfume barato, haciendo sonar las pulseras. Ellos iban por el centro de la calzada y la otra por el andén, y, no obstante, aunque apenas alcanzaban a distinguirla, la piropearon, sin haberse puesto de acuerdo, al pasar, con un largo silbido de admiración, como habían visto hacer en el cine.

—¿Necesitas compañía, preciosa?

Pero la mujer siguió su camino como si tal, y, entonces, uno de los muchachos se encaró con ella, en tono achulado, de sainete, adoptando un aire impostadamente matón:

—Dime si te gusto, ricura.

Y metió el timón a estribor con intención de aproximársele y abordarla. Se detuvo ella en seco. Dijo:

—Lárgate, muñeco, ¿quieres?

Los otros avanzaron también, pero la chica se quitó un zapato. Dijo:

—¡A ver a quién le rajo yo la cabeza esta noche con un tacón!

Vacilaron los del grupo. Habló uno:

—Pero ¿quién te has figurado que eres? ¡Muérete ya!

Y otro, para dejar zanjada la cuestión, con un corte de manga:

—¡Toma!

Y se alejaron de la mujer, aunque todavía se

pararon unos pasos más adelante, para dedicarle, a distancia, un concierto de risas y silbidos.

Pero allí ya no. Ni ventanas, ni portales, ni nada. Unicamente, una bombilla, arriba de un poste de la luz, con el único objeto de demostrar que la Era de las Cavernas había pasado ya; sino que, en realidad, los muchachos se encontraban ahora a un millón de años de distancia del punto de partida, en el reino de las viviendas de chapa, los ladridos de perro, los vertederos de basura, las primaveras florecidas de palanganas rotas y botes de conserva oxidados.

Iban a dar el golpe en el único sitio donde podían hacerlo, el mundo prehistórico; un lugar donde el olor a humanidad, a cueva habitada y a zorruno, sustituía al de la gasolina, los insecticidas y los perfumes, que habían dejado atrás.

Pero ni aun en un lugar como aquél puede uno entrar impunemente en cualquier parte, pistola en mano, amenazando con «el piojo o la vida»; de forma que los muchachos tuvieron que conformarse con empezar a recorrer el suburbio a ver qué sucedía. Sonaron, a lo lejos, a un millón de años de distancia, las campanadas de las diez.

—Se nos va a jorobar el plan.

—Ya veréis cómo no.

Y, en efecto, saliendo de la sombra, sin saber de dónde, vieron cruzar a un individuo.

—Ahí lo tienes—rió uno de los chicos.—Anda con él.

La poca luz que había, permitía identificarle. Iba embutido en un tabardo en tercera vida con muchos rotos.

—Ese no se ha lavado desde la Primera Guerra Mundial.

Los muchachos le salieron al paso.

—Paisano, ¿quiere hacer el favor?

El troglodita se detuvo. Tosía.

—¿Qué pasa?

—Nada de particular. Este amigo, que le quiere gastar una broma.

Reventaban de risa por dentro.

—¿Tiene usted, por casualidad, algún piojo?

Se encampanó el otro.

—¡Oiga!

—Alto. No se sulfure. Pensamos pagarle. A duro el insecto, ¿hace?—propuso, apagando una carcajada, el muchacho; pero el sujeto no estaba para bromas.

—Tu puta madre—dijo. Y siguió andando.

Le retuvo por un brazo el muchacho:

—Hablo completamente en serio.

El individuo se zafó, de un tirón.

—¿Es que quiere bronca, paisano?

Trataron de cerrarle el camino, pero el otro sacó una navaja.

—Yo me cargo a quien sea.

Ya nadie reía. Tres de los muchachos cogieron al prehistórico por la espalda.

—¡Dale ahora!

El cuarto golpeó al hombre en el estómago; después, en el rostro; luego, en el estómago otra vez.

—¡Cabrones!

Cayó al suelo, al soltarle.

—Venga. Hay que pirotearse de aquí.

Y echaron a correr. Llegó alguien.

—¡Cabrones!

Pero los cuatro iban ya camino de la Civilización Occidental.

UN GRUPO DE VIAJEROS

TREINTA y siete pasajeros y cinco miembros de la dotación, cuarenta y dos personas en total, y nadie sabía nada ni se daba cuenta de nada, ni siquiera de que ellos no tenían por qué encontrarse allí en aquellos momentos, sino a dos mil metros de altura, a bordo de un *Boering Jet,* vuelo 083, vía Atlántico-Sur, con destino a Montevideo, puesto que eran las 0,15 horas y aún faltaban catorce minutos para tomar tierra. Por consiguiente, no había ninguna razón para que hubieran ido a reunirse, sin saber cómo, en un rincón de un puerto desconocido, y permaneciesen, no paseando a lo largo de la alineación, entre las grúas, mientras charlaban animadamente de las cosas, sino apelotonados, cohibidos y silenciosos, como si, más que un grupo de viajeros, parecieran un rebaño que hubiese de embarcar aquella misma noche. Había niebla, y el cemento del suelo chorreaba humedad; el mar golpeaba sordamente contra las defensas del muelle, y las linternas de la bocana parpadeaban con sincronización entre la bruma, tres segundos de luz y oscuro, la roja; ocho, la verde; pero, desde luego, cuarenta y dos personas en total, y ninguna sabía absolutamente nada de nada.

Unos momentos antes, la azafata había recorrido una vez más el aparato repartiendo frases amables de butaca en butaca, a derecha e izquierda, entre el pasaje. Era su oficio. Le pagaban por ello. Apareció en la cola, con su sonrisa, y advirtió a un pasajero:

—Descansaría usted mejor con el respaldo abatido.

Y a continuación, dos asientos más adelante:

—Oh, sí, las revistas ilustradas resultan cada día menos atractivas. Quizá prefiera usted hacer solitarios. Si lo desea, puedo procurarle unos naipes. Todavía le queda tiempo de entretenerse un rato antes de aterrizar.

Y un segundo después, en otra parte:

—¿Se marea, señora?

Por último, franqueó la entrada de la cabina de la tripulación, cerrando la puerta metálica detrás de sí; y *madame* Guillemin, cincuenta y seis años, pensó, al verla pasar, para traquilizarse, porque le desazonaba la juventud de la muchacha: «Demasiadas caderas»; luego, se volvió a su marido y le tocó suavemente con el codo. *Monsieur* Guillemin, Delegado de Relaciones Culturales, viajaba adormecido, con las piernas envueltas en una manta, aunque, entre sueños, seguía preparando su discurso, el que había de pronunciar al día siguiente en la Conferencia Internacional Pro-Defensa de la Civilización Occidental: «En un mundo como el actual, en el que prevalecen la insolaridad, la disgregación y la discordia, resulta en extremo consola... vides de mi echarpe».

Abrió los ojos:

—No, querida. No pases cuidado. Tenemos

toda la mañana para comprar tu echarpe. La sesión inaugural no empieza hasta las cuatro.

—Y no te quejes, porque la culpa es tuya. Si no me hubieras obligado a hacer el equipaje con tanto apresuramiento, tampoco me habría olvidado yo de poner mis pieles dentro de la maleta.

—Sí, querida.

—Debes advertir al Ministro que la próxima vez que vuelva a encargarte de una comisión de esta clase, te avise con un par de días de anticipación cuando menos. ¿Crees que puede una disponerse para un viaje de seis mil kilómetros en una mañana?

—Desde luego, desde luego, querida.

Monsieur Guillemin se adormeció de nuevo: «... en extremo consolador, ver reunidos a los representantes de dieciséis países en un ambiente despojado de prejuicios...».

La luz de la cabina proyectaba una claridad amarillenta sobre las nubes que envolvían el aparato. El comandante de la nave preguntó a la azafata:

—¿Qué, cómo van las cosas por ahí fuera?

—Sin novedad.

El mecánico, un tipo rubio con aire osado, deportivo y simpático, se acercó a la muchacha. Dijo:

—No sé por qué, pero esta noche me apetece beber una botella de champán en compañía de una mujer bonita, que puede ser usted. ¿Querrá usted acompañarme?

La tarde anterior habían salido juntos en París. Cenaron en un cabaret y luego fueron a bailar y, al despedirse, él la había besado.

—De acuerdo.

El mecánico hizo una reverencia y se puso a recitar con campanuda solemnidad, imitando a los relatores de películas judiciales:

—Entonces, queda usted citada para dentro de media hora en el mirador de *Taití*, barrio de Sorchantres, ciudad de Montevideo, capital del Uruguay.

La muchacha repuso en el mismo tono:

—No faltaré.

Y ambos rieron.

El padre Montes, S. J., español, acercó el rostro a la ventanilla y miró hacia fuera, pero lo único con que se encontraron sus ojos fue con la imagen de su propia cabeza, recortada por el alzacuello. Volaban por encima del Atlántico y, sin embargo, las nubes, el mar, incluso la oscuridad de la noche, parecía como si hubieran desaparecido del mundo, ya que sólo se veían la luz y los objetos del interior del avión, que se reflejaban en el cristal como sobre un espejo. La metáfora se deslizó inmediatamente en la imaginación del padre Montes: «Toda la vida tratando de descubrir a Dios, sin encontrar nunca otra cosa que nuestra propia imagen.» Una idea aparentemente desoladora, pero con un fondo de ansiedad eudomonológica, que encajaba perfectamente en su tesis. Se podía parafrasear. La anotaría. Necesitaba todo el material posible. Iba a dirigir un curso de filosofía en una Universidad Católica y, al finalizar, pensaba publicar sus conclusiones. Las titularía: «Demostración de la existencia de Dios por el anhelo universal de felicidad.» O quizá: «Una sexta vía en los argumentos de Santo Tomás.» El padre Montes, S. J., español, corrió la cortina, encendió

la lámpara del aplique, abrió el breviario, lo orientó hacia la luz y se puso a rezar Maitines: *Invit. Non Sit vobis vanum mane surgere ante luce, quia pro*... Las cinco vías. Juegos malabares. Dios está en el corazón y no en el cerebro. *¿Anatema sit?* ¿Por qué? Hasta un cerebro electrónico podría probar la existencia de Dios... *Psalmus: Venite, exultemus Domino, jubilemus Deo, selutari*... Maritain tampoco prueba nada. ¿Santo Tomás en un callejón sin salida? Hay que empezar a edificar de nuevo. Buscar la raíz en el hombre. La nueva tomística debe partir del hombre. Oponer una angustia a otra. La angustia existencial contra la angustia eudomonológica. La Nada frente a Dios... Ant. *Qui operantur justiciam requiecet in monte sancto tuo, Domine.*

El radiotelegrafista oprimió uno de los auriculares contra el pabellón de su oreja para escuchar mejor, y, con la mano libre, escribió en un papel unas líneas. Nada de particular, la rutina. La torre de control del aeropuerto comunicaba que podían aterrizar en la pista número 5, balizamiento nocturno, buena visibilidad y vientos del S. S. W. y S., a velocidad inapreciable. Una toma de tierra corriente. A continuación, depositó los auriculares encima de la tabla de aparatos; se puso en pie; se desperezó; estiró los puños de la camisa, que se había arremangado; centró el nudo de su corbata; consultó su reloj y se sentó de nuevo con gesto de cansancio. Ah, a ver si no se le olvidaba advertir en la recepción del hotel que no le despertaran antes del mediodía. Al levantarse, tomaría un baño bien caliente, 40 grados. Almorzaría una cosa ligera y se metería otra vez en la cama. A las cinco,

una película en cualquier cine. A las ocho, la cena, y, a las diez, otra vez acostado. «Como un fin de semana, pero de los perfectos.» Encendió un cigarrillo. Sonrió. «De los verdaderamente perfectos.»

Mister Edison, de la firma *Reats and Edison, Motores de Explosión,* tenía proyectado, al empezar a hebillar su correa, simular una gran torpeza, a fin de que la muchacha se aproximara a él y preguntase.

—¿Alguna dificultad, señor?

Entonces, *mister* Edison, balbucearía una disculpa, mintiendo:

—El cinturón. No sé como arreglármelas para abrocharlo. Es que es mi primer vuelo, ¿comprende?

Y, en ese momento, ella se inclinaría para prestarle ayuda, y, por este procedimiento, él, *mister* Edison, de la firma *Reats and Edison, Motores de Explosión,* podría rozar sus manos y aspirar el perfume de sus cabellos a una distancia de milímetros, casi lo mismo, en realidad, que si la tuviera entre sus brazos; y con un poco de suerte, incluso lograría comprobar la forma de sus pechos por debajo del escote. El cinturón: una coartada perfecta. Durante el viaje, *mister* Edison, de la firma *Reats and Edison,* no había dejado de contemplar a la azafata. Resultaba tal vez un poco delgada, pero, en cambio, poseía una voz insinuante y lánguida y unas pantorrillas preciosas. Al menos, *mister* Edison, se sentía rejuvenecido en su presencia. Como que había decidido pescar aquella misma noche a alguna jovencita de las que circulaban por las *boites* de Capurro e invitarla a cenar en un re-

servado. Alguna mestiza ondulante que le sesease cerca de la oreja. Los negocios, mañana. Súbitamente, sin embargo, le asaltó el recuerdo de su mujer; se la había dejado en Milán recluida en la habitación del hotel con un ataque de asma, siempre con sus condenados ataques de asma, y, al pensar ahora en ella, sintió una punzada de remordimiento. Se dijo: «Mañana, a primera hora, le pondré un cablegrama. Será lo primero que haga.» Y, al formular estos propósitos, se encontró repentinamente aliviado.

En cambio, el señor Martines, treinta y un años, millonario, natural de Maldonado, Uruguay, apenas había reparado en la azafata ni se sentía impaciente por esta causa. Su impaciencia era de otra clase, ya que estaba deseando bajar a tierra, montar en su coche y volar a su estancia a ciento veinte por hora; pero no por nada, sino porque se enternecía pensando en el momento de la llegada, los perros saltándole a los hombros y ladrando. Lo primero, visitar las cuadras. Un terrón de azúcar para *Agamenón*, el caballo que le ganó el Gran Premio, en el año 58, en Buenos Aires; otro, para *Latina*, la yegua con la que consiguió la Copa Internacional de Polo. Sus caballos, y no las mujeres, eran la única cosa capaz de quitarle a él el sueño.

El segundo piloto soltó los mandos del avión y pidió permiso al comandante para salir al pasillo a estirar un poco las piernas. Concedió el otro:

—Vaya usted.

Y el segundo se dirigió a la puerta, guiñó amistosamente al mecánico y abandonó la cabina. Guiñó, al pasar, al mecánico, y, sin embargo, no

se preocupó de echar una ojeada al mapa que él mismo había extendido el día anterior sobre el tablero de planos, fijándolo por las esquinas con chinchetas, puesto que se conocía de memoria la costa, nueve cruceros, ida y vuelta, vuelo 083. El mar, en la carta, aparecía transformado en una superficie color azul cobalto claro, y el avión, en un punto en el encuentro de dos coordenadas; mas el piloto navegante apenas necesitaba consultar el mapa para determinar la posición del aparato, ya que hubiera podido seguir su ruta sin regla ni compás, con sólo mirar el reloj y compulsar los datos que el radiotelegrafista le transfería periódicamente.

Pero la señorita Araujo, nacida en La Paz, corresponsal de *El Libertador,* tenía también muchas horas de vuelo y no ignoraba que cuando los pilotos se dejan ver de los pasajeros es que hay alguna cosa que no marcha bien. Interrogó, alarmada:

—¿Ocurre algo?

El navegante sonrió con condescendencia —«Nada, señora, ¿qué ha de ocurrir?»—, y siguió su camino en dirección a los lavabos situados en cola, encima del departamento de equipajes, y la señorita Araujo, periodista, se retrepó en su asiento un poco más tranquila, aunque no libre por completo de recelo. Pasado mañana se presentaría en la dirección del periódico. Había mucho que decir en el periódico. Tres meses en París, desplazamientos, cables, conferencias a larga distancia, montones de reportajes, y, no obstante, durante todo ese tiempo, no le habían girado más que mil pesos bolivianos, cambio en dólares. A ver si iba a vivir ella del aire. «Si no

le interesan mis artículos, dígalo francamente. No crea que me importa dejar su cochino diario. Pero, primero, págueme.»

El piloto regresó a la cabina. Se había peinado, y una gota de agua rodó de su nariz al suelo. Al tomar otra vez los mandos, dijo:

—¿No cree usted que podíamos empezar a perder altura?

El comandante consultó el parte que le había pasado el radio:

—De acuerdo.

—¿Lo pongo a mil metros?

—Bien.

El copiloto comenzó el descenso con los ojos fijos en la aguja del altímetro. Al alcanzar los dos mil metros movió una clavija y en la parte exterior de la cabina se iluminó un letrero en rojo: «Sujétense los cinturones. Dejen de fumar.» Y *mister* Edison, de la firma *Reats and Edison, Motores de Explosión,* se removió en su butaca, alerta. El mecánico, que tenía cogida a la muchacha de la mano, le oprimió suavemente los dedos, y la azafata asintió con un gesto, en silencio, entornando las pestañas. El radiotelegrafista aplastó la colilla contra el fondo del cenicero y se encasquetó una vez más los auriculares. La señorita Araujo, periodista, que tenía una larga experiencia en materia de viajes aéreos, se ciñó el cinturón, inclinó el tronco hacia delante y puso las manos en la nuca, mientras su vecino de asiento, al observarla, sonrió para sí y se dijo: «Estas solteronas están todas completamente locas.» La señora que se mareaba extrajo los tapones de sus oídos, porque le habían advertido que, antes de tomar tierra, con-

venía compensar la presión, pero, al hacerlo, sintió un largo zumbido, como si alguien acabara de percutir sobre un diapasón junto a su oreja, por lo que, completamente asustada, volvió a colocarse los algodones a toda prisa. El padre Montes, S. J., se ajustó el alzacuello del *clergyman,* abotonó su americana negra, se puso la bufanda y el sombrero e introdujo el breviario en el interior del maletín. *Madame* Guillemin tocó a su marido en el codo:

—¿Sí, querida?

—A ver si lo encontramos de mohair. ¿Recuerdas el que llevaba la amiguita de *monsieur* Rendal el día del banquete? Pues una cosa así.

—El que te guste más, querida.

El piloto comandante indicó a la azafata:

—Vaya preparando a los viajeros.

—Sí, señor.

El mecánico susurró rápidamente a la muchacha:

—Espérame en las oficinas de la Compañía. En cuanto termine, iré para allá.

—Bueno.

Y la azafata salió al pasillo, sonriendo:

—Dentro de unos minutos tomaremos tierra —dijo—. Pónganse los cinturones, tengan la bondad. Y apaguen la lumbre de los cigarrillos.

Unos minutos, los últimos catorce minutos de vuelo, y luego el aterrizaje, la Aduana, la Policía, lo de siempre. Por tanto, no había ninguna razón para que, en lugar de ir a reunirse en el edificio del aeródromo con sus maletas, se hubieran dado cita en el embarcadero de un puerto desconocido, donde permanecían en un grupo, asustados y mudos, como si se tratase de un

rebaño a punto de embarcar. Sonó una bocina. Alguien dijo:

—Es el barco.

Y todos fijaron sus miradas en él.

El barco de Caronte, un barco negro, que se acercaba lentamente al muelle, abriéndose paso entre la calina. Ladró un perro a lo lejos. Pero, desde luego, cuarenta y dos personas en total, y ninguna sabía nada ni se daba cuenta de nada. Ni siquiera de que hacía trece minutos que estaban todos muertos.

INDICE

	Página
La sentencia	1
Temporal de Levante	11
Póker	19
Tiempos nuevos	27
Entierro de primera	33
El puente	41
Defensa de oficio	47
Jugador íntimo	55
Hombre del Paraíso	63
Se necesita un doble	69
El avión	83
La despedida	89
La vida al otro lado	95
La isla	103
Atraco frustrado	111
Un grupo de viajeros	119

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES GRAFICAS UGUI-
NA, DE MADRID, EL DIA 7 DE OC-
TUBRE DE 1967, FESTIVIDAD DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

LAUS DEO

COLECCION
«PROSISTAS ESPAÑOLES»

Un novelista descubre América, por Miguel Delibes. 40 pesetas.
Libro del buen andar, por Martín Alonso. 20 pesetas.
Antología de los Borrases, por Tomás Borrás. 40 pesetas.
Diez años bajo tierra, por Norberto Casteret. 40 pesetas.
Epistolario de Menéndez Pelayo, Unamuno y Palacio Valdés a Leopoldo Alas (Clarín). Notas de Adolfo Alas y prólogo de Marañón. Tomo I, 20 pesetas; tomo II, 30 pesetas.
La luna y sus cómplices, por Jesús Suevos. 50 pesetas.
Lo que dicen las mujeres, por Román Escohotado. 40 pesetas.
El collar del tiempo, por Alberto Fernández Galar. 40 pesetas.
Historia de almas, por José Giménez H. Heras. 25 pesetas.
Adelaida y otros asuntos personales, por José María Sánchez-Silva. 50 pesetas.
El jardín entrevisto, por Francisco Javier Martín Abril. 15 pesetas.
Unos y otros, por Miguel Pérez Ferrero. 25 pesetas.
Antología, por Samuel Ros. 40 pesetas.
Cruz de guía, por Manuel Sánchez del Arco. 30 pesetas.
Un paleto en Londres, por José María Sánchez-Silva. 50 pesetas.
Hombres y cosas de la Puerta del Sol, por Luis Araújo Costa. 50 pesetas.
El libro de los andares, por Ramón González Alegre. 75 pesetas.
Once cuentos de fútbol, por Camilo José Cela. (Ilustraciones de «Pepe»). 300 pesetas.

El amor en las letras españolas, por Fernando Díaz Plaja. 100 pesetas.

Pesinoe y gente de tierra, por José María Sánchez-Silva. 125 pesetas.

Cuentos de verdad, por Medardo Fraile. 90 pesetas.

Del arte de llamarse Pepe, por José Artigas (con ilustraciones de «Mingote»). 195 pesetas.

Granadeño, toro bravo, por Rafael Morales. 75 pesetas.

Nuevas de este lugar, por José Luis Acquaroni. 150 pesetas.

Tamoure, por Francisco Umbral. 125 pesetas.

Historias de medio siglo, por Ledesma Miranda. 200 pesetas.

Mirando alrededor, por Antonio Manuel Campoy. 250 pesetas.

El banco sin respaldo, por José Luis Martín Abril. 150 pesetas.

Historias de coral y de jade, por Tomás Borrás. 250 pesetas.

Puntos de vista, por Gabriel Elorriaga. 150 pesetas.

La aguja, por Carlos Murciano. 150 pesetas.

La Perrona, por Carmen Nonell. 150 pesetas.

La letra y el instante, por Guillermo Díaz-Plaja. 250 pesetas.

El despertar de la sombra, por Vintila Horia. 225 pesetas.

Se necesita un doble, por Manuel Alonso Alcalde.

editora nacional

EN

editora nacional